

PEREGRINO

Leonardo Garabieta

Peregrino

Leonardo Garabieta

Editorial UB

© Leonardo Garabieta
© Editorial de Belgrano
ISBN: XXX XX XXXX / X

Ilustración de Tapa de: "Moorish Style"
Phaidon Press LTD

Poesías: Emilio Canale

Hecho e impreso en Argentina
Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723.-
Prohibida su reproducción
total o parcial sin la autorización previa
de los propietarios del copyright.

INDICE

Poesía "Una de Dos"	9
Peregrino	11
Kumba Mela	23
Darsana	33
Ciudad de la paz	39
El fantasma de la lógica	45
Nirvana	55
La silla de Dios	65
De a peldaños	71
Sin Red	83
De la Ilusión	91
Amanecer en Khajurajo	99
La Diosa Viviente	107
De la muerte	113
Del yo	123
Del Equipaje	139
Poesía "Bitácora"	143

Una de Dos

Sentir que se es capaz
de retorcer toda la historia,
hasta hacerla parecer absurda
o sin sentido;
Envenenar la Vida,
de amores y fragancias;
Dejar que se aparezca
la luz de la tiniebla misma;
Endiablarse en los abismos propios
y deshacerse en los ajenos;
Nunca desear desandar sobre la huella
el valor de la impronta recorrida.
Poder decir siempre la verdad
aunque parezca llevarse nuestro brillo.
Estar y ser, y nunca parecer,
para que apenas nos amen
por lo que fuimos o seremos,
para poder amar
apenas surja el sentimiento.
Atreverse a caminar por la cornisa,
sin temer al viento o la caída.

Llegar a amar la muerte
como la dulce melodía que ella nos propone
al llegar con sus pasos y sus juegos,
sin siquiera temer al encuentro.
Tocarse el alma,
sin el miedo pagano de mancharla.
Acariciarse el espíritu,
con la misma compasión que necesite.
Besar el tiempo,
para hacer saber que estamos listos.
Regocijarse con cada sutileza,
dejándose mecer por la locura,
hasta entregarnos a los sueños
que jamás nos permitimos.

Cada uno elige:
Vivir o ver la vida desde lejos.

PEREGRINO

A medida que los pasaportes se van llenando de sellos, uno va obteniendo el título de trotamundos o tal vez el de peregrino. Desde pequeño me fascinaban las vidas de los grandes viajeros-historiadores: Herodoto, Ibn Batuta, Tcheu ta Kan, Marco Polo y así, cuando la profesión y mis actividades académicas me lo permitían, comencé a recorrer los caminos de aquellos.

Se generó en mí algo así como una adicción al partir, al llegar, al estar en camino... Y entre partidas y regresos fui moldeando mi vida. Algo así como la necesidad de sentirme ciudadano del mundo y por consiguiente el estar aquí y allá, tal vez ser de todas y de ninguna parte.

Y en esta forma de fluir por la vida, sin haber pensado jamás en escribir, ya que mi formación no acarició siquiera los andariveles de las letras, terminé si bien no escritor, al menos escribiente. Y fue entonces que a los editores se les ocurrió la idea de sintetizar en parte, veinticinco años de andar y desandar caminos y veinticinco libros ya publicados, en un

texto, y que mejor nombre para él que **Peregrino**.

Pero soy -en parte al menos- conciente del desafío que implica, más allá de los cincuenta, re-escribir capítulos o frases generadas décadas atrás. Sin lugar a dudas, si uno algo aprendió de andar por la vida, es que cuando el cabello se blanqueó muchas cosas se ven diferentes. Pero también, que algunos valores continúan inquebrantables. Con lo cual **Peregrino**, supongo que será algo así como ver ese andar a través del tiempo, más allá de los lugares en que alguna vez tomé un trozo de papel y un lápiz.

El vivir es inexorable, pero imprevisible, y un buen día uno se encuentra releendo cosas que ya tenía no sólo olvidadas en un estante de biblioteca, sino también en el arcón de la memoria. Pero tal vez, eso sea parte de peregrinar.

Siempre pensé, que quien conoce bien una parte del mundo -en nuestro caso occidente- sólo conoce una pequeña porción del planeta, que por otro lado no es la más extensa, ni la mas poblada. Fui entonces seducido más y más por las culturas menos conocidas de África y Asia, y de esta manera occidente -

Europa específicamente- se transformó en un lugar de paso, en tránsito, más que en destino definitivo como alguna vez lo fue.

La telaraña formada por el hinduismo, el budismo, el Islam, el judaísmo, entre otros logró atraparme en forma total. Y al igual que para el insecto que ha caído en la tela de la araña, tratar de huir de la red es absurdo. De esta manera, como cumpliendo con un destino inexorable, año tras año me embarco en viajes hacia aquellas tierras, las cuales han dejado sus huellas en este viajero. Huellas marcadas a fuego, que son indelebles en mi espíritu y que –por suerte- superan ampliamente el campo de lo intelectual y de la razón.

Pero tras dos largas décadas ininterrumpidas de peregrinar, tal vez por mi innata curiosidad por lo desconocido, lo inasible, tal vez parafraseando a Lorca: “la búsqueda del país de ninguna parte”, aquel Topos Uranos con que ya soñaba Tomás Moro, siempre me cautivó la búsqueda apasionada de lo absoluto, de lo superior, a pesar de considerarme un agnóstico. Y ésta búsqueda fue, es y será una constante histórica, exacerbada en algunas etapas del devenir de la

humanidad. Esta búsqueda fue tal vez el comienzo de todas las tormentas del espíritu humano, porque desde que el hombre es hombre sintió la necesidad de algo trascendente, importando poco el nombre, la forma o la concepción que se tuviera de ello.

Todos los enigmas que se plantearon de lo trascendente, de lo superior, de lo sagrado, fueron establecidos desde lo más profundo de las almas antes que desde la racionalidad explícita se imaginara la historia. El problema radicaba en que si existía ese ser omnipresente, pues estaba en silencio y era invisible. Así que era indispensable oírlo, interrogarlo, . . . desocultarlo.

Desde que el hombre tiene conciencia, el absurdo es intolerable y tal vez el descubrir lo trascendente fuera la posibilidad de darle fin a ese sinsentido.

Y esa tarea quimérica, la de comprender lo superior, impulsa la odisea humana desde sus orígenes. Odisea, donde cada uno de nosotros se transforma en un Ulises, sin cera en los oídos, pero atados al mástil de nuestra nave, para que al igual que aquel no seamos tentados por el canto de las

sirenas al tratar de encontrar el camino a Itaca.

Odisea humana, donde en sus orígenes fueron los magos los hacedores de imágenes, es decir, de "imaginar" al creador, de orar a él, de adivinar sus moradas. Fueron ellos los que constituyeron la literatura oral sagrada, que prefiguró a las sagradas escrituras, en síntesis, fueron los magos los constructores de los templos.

El mago era aquel que decía poseer en grado inusitado altos poderes, aquel que tenía pues la mayor capacidad de persuasión y que podía convencer a los otros de que estaba más cerca de los dioses, era el gran mago, el que ostentaba el poder. La matriz del poder era sin más, la magia. Pero había que sustentar ideológicamente los fenómenos y acontecimientos de la vida y de esta manera aparece el mito que se muestra como el reflejo fantástico de la realidad. Este expresa el porqué de las cosas en el universo, lo cual, ligado a las ceremonias rituales, mantiene el aspecto mágico.

A principios del siglo XIX, Hegel afirmaba que: "sólo el hombre es capaz de tener religión, mientras que el animal es tan incapaz de ello como de saber lo que

es el derecho y la moral". Paralelamente Lubbock, declaraba por su parte que hay razas de hombres totalmente carentes de religión. Hacia 1839, Compté postulaba la ley de los tres estados, según la cual el primero de los estados de la humanidad es el religioso, donde todos los fenómenos se explican recurriendo a agentes sobrenaturales. Los dos estados posteriores eran el metafísico, seguido por el científico, como última fase de la evolución.

Taylor y Morgan, formularon entonces una ley de la evolución, en virtud de la cual, la organización social pasaba necesariamente del salvajismo a la barbarie y de allí a la civilización.

A partir de todo esto y con un poco de creatividad, se llegó a asociar salvajismo con religión y civilización con estado científico. De esta manera, los salvajes y primitivos se volvieron repentinamente más religiosos que los civilizados.

Pero mas allá de las innumerables posiciones filosóficas existentes, considero -y dejo claro que es sólo mi modesta opinión- tras tanto andar por el mundo, que no importa demasiado si se es cristiano, musulmán, hinduista, judío o jainista, Tampoco si se es primitivo o

civilizado. El encuentro del hombre con lo superior es común a todas las creencias. Y también aprendí, aunque suene extraño, que tampoco importa si se es o no creyente. No es demasiado relevante la religión que uno abrace, ni a los dioses que se oren, ya que en el fondo todos somos peregrinos, caminantes en busca de la perfección y por consiguiente de un sin fin de perfecciones que nos hacen más y más humanos. Tan humanos como para poder crear aun mas allá de la naturaleza, como ser una vida espiritual la cual logró ponernos en el camino de la búsqueda de la perfección.

Camino que jamás se detiene, aunque a veces dudemos hacia donde vamos, como considero que sucede en la realidad. Camino que siempre es hacia delante y que a generalmente implica luchas, desvelos, como diría Paul Tillich, coraje.

Camino que marca la peregrinación, pero no existe ésta sin cuerpo tangible, no hay devoción eficaz sin espacio real. Y es ésta la primer paradoja del peregrino, que el cuerpo pese para que el alma se eleve, algo así como necesitar los pies para llegar donde sopla el espíritu.

Peregrinar es sin más, estar en camino, estar llegando, llegar, . . . al lugar

sagrado, al sitio donde conocimos el amor, al ser amado, a la tierra prometida. Para que haya peregrinación debe darse una triple conjunción: un lugar, un recorrido y una meta, siendo ésta última, sagrada a los ojos del peregrino.

Pero sin el camino la meta no es nada, ya que el desplazamiento en las coordenadas tempo-espaciales es la metáfora misma del peregrino. El camino es en síntesis el que reúne a los caminantes aun antes de alcanzar la meta.

No importa qué impulse al peregrino a andar: una promesa, la búsqueda del perdón, una purificación, la cura de alguna dolencia, o tal vez una gran duda. En cualquier caso, concluirá su peregrinación transformado. Se habrá despojado entonces del hombre viejo y comenzará el viaje iniciático del hombre nuevo.

Tampoco importa que forma tome la meta de la peregrinación, montaña, río, valle, árbol, fuente o persona.

El hombre contemporáneo se ha vuelto insensible a los misterios de la profundidad, no obstante, aun sin saberlo a veces, no deja de ser sólo un peregrino.

La cultura, en su acepción más amplia, es el modo de vida de un grupo humano en particular, que éste crea como parte integral del esfuerzo por cubrir sus necesidades de subsistencia y de la adaptación a su medio ambiente, tanto natural como social. Esto implica la cultura material y espiritual, la ciencia, la técnica, las instituciones, su arte y todas las concepciones sobre el mundo y sus creencias.

Peregrino, no es más que una narración de algunas situaciones a través de más de dos décadas, de convivir con culturas diferentes y con sus creencias. Pero con aquellas creencias que buscan lo trascendente, lo superior, en síntesis tal vez al creador.

Escribía el filósofo Ludwig Wittgenstein: "... podemos considerar la vida como una antigua ciudad, un laberinto de calles y plazas, de casas viejas y nuevas y todo esto rodeado por un multitud de nuevos barrios con calles rectas y regulares, con casas uniformes...". A veces la ciencia, la tecnología, las instituciones y aquello que solemos llamar progreso, tratan de hacer de la vida un ordenado ciudadano de los nuevos suburbios del conocimiento, pero

en un punto, invariablemente, se vuelve a precipitar en el laberinto de la ciudad antigua, donde todos los mapas resultan inútiles y donde uno se puede orientar –si lo consigue- sólo por olfato.

El peregrino de la pos-modernidad ya no puede insertarse en una meta narración única, debido ha que se han descubierto voces múltiples a través del devenir humano. La peregrinación actual, será seguramente aquella de la cual el peregrino mismo se hará cargo. Y hacerse cargo, implica el asumir responsablemente la búsqueda del significado perdido. Significado que nuestra cultura nos ha impulsado durante más de un siglo a abandonar.

No hay duda de que vamos a fracasar como cultura si continuamos negando la posibilidad de encontrar un significado más allá de lo aparente. Esto no resulta, es evidente.

La lógica humana es la que hace al homo sapiens precisamente tan fascinante. Fascinación que supera ampliamente la vanidad de los intentos de poder capturar ese saber textual, aprendiendo solamente a partir de un texto pre-existente al acto de aprender.

Porque el texto tiene que ver con la ley, con el deber ser, con la situación de lo que se escribe y por consiguiente, tiene sobre el hombre dominio ideológico.

De allí que el peregrino, el hombre en camino, este más allá de los textos, porque para comenzar a andar, es necesario sin más, ser libre.

Tal vez, un primer paso en el camino de la búsqueda del significado, sea simplemente aceptar que sólo somos peregrinos.

Leonardo Garabieta

En algún lugar
En algún tiempo

KUMBHA MELA

Cuando uno pisa tierra india, nepalí, tibetana, en síntesis, aquellas extensiones que formaron a través de milenios la Gran India, se escucha por doquier el termino Namaste.

En todos lados y en diferentes situaciones, las dos manos juntas delante del pecho, la cabeza inclinada algo hacia delante, una sonrisa y . . . Namaste. Este termino con todo su ritual, si bien es el saludo habitual de la gente de estas regiones, es también a la vez una bendición. De esta manera, Namaste es buenos días, buenas noches, adiós, que los dioses lo acompañen y mucho más. Es en síntesis, un encuentro con el otro y con uno mismo.

Sostenía Shakespeare que existen en el cielo y en la tierra más cosas de lo que la imaginación puede crear y cualquier peregrino aceptará seguramente con ganas aquella afirmación del gran escritor inglés. Otra vez me encuentro en la tierra de los mahatmas, de las especies, de los metales y las piedras preciosas, de las sedas. . . y también de las grandes hambrunas, de la lepra y donde aun el

tigre y el elefante mantienen sus dominios. Pero mi cita esta vez es el Kumbha Mela, la reunión religiosa más descomunal del mundo. Más de ocho millones de humanos nos encontramos entre Hardiwar y Rishikesh, dos pequeñas ciudades a orillas del Ganges, para la purificación individual y para la de toda la humanidad, según la creencia hinduista.

Luna llena en Rishikesh, el sol se encuentra en Capricornio y Júpiter en Aries, otras conjunciones menores están alineadas. Rishikesh, la ciudad de los sabios, sólo su nombre ya impresiona. Tamaña soberbia la mía el sólo pisar su suelo santo, pero al igual que a los niños se le están permitidos algunos pequeños pecados, algunos occidentales también contamos con la posibilidad –a veces- de extralimitarnos.

Desciendo lentamente las escalinatas que conducen al Ganges, la gran diosa Ganga, aquella que ha nacido gota a gota del escurrimiento de los cabellos de Shiva. El Ganges, sin duda el curso de agua más sagrado del planeta. A ambos lados de mi recorrido, sadhus, gurúes y encantadores de serpientes me acompañan con sus miradas y sonrisas.

Faltan minutos para comenzar la celebración de la luna llena. Tratar de contar gente aquí, sería algo totalmente absurdo, hombres y mujeres de todas partes de la India y de países limítrofes se dan cita aquí. Cientos de niños se acercan para ofrecerme unos barquillos realizados con hojas de palmas, los cuales contienen flores, incienso y una pequeña vela para depositarlos encendidos en el agua en el momento de las ofrendas.

De repente todo el mundo apura el paso hacia los ghats –escalones- del río. Un fuerte sonido, como el de una gran trompeta lo invade todo; busco la fuente de la melodía y puedo ver a un viejo gurú soplando un gran caracol, llamando de esta manera al inicio del ritual. Sin más, comienzan los cánticos acompañados con timbales, flautas y cuanto instrumento de percusión y viento uno pueda imaginarse. Cada uno de nosotros vamos ocupando un lugar a la orilla del río y esto se transforma en el mayor de los coros que pueda uno imaginar.

Aquí y ahora, aun el mas agnóstico, no puede dejar de creer al menos en el hombre, el que tiene a su lado, en los miles que lo rodean, en síntesis, en uno.

Seguidores de Shiva, de Visnu, brahmanes, diferentes castas, sanos y enfermos, ancianos y niños, ricos y pobres, todos iguales frente a la diosa Ganga.

El sonido va in crescendo, los mil colores de los saris de las mujeres, de las flores, los diferentes aromas de los perfumes y especias, todo esto y aquello que la palabra no puede transmitir, lo transforman a uno en un organismo enteramente estimulado. El frenesí continúa en aumento, ya no hay lugar para cámaras fotográficas, por otro lado la tecnología difícilmente pueda crear algo tan sofisticado como para poder captar y atesorar lo que aquí sucede.

Al compás de los himnos comienzan las ofrendas, miles y miles de ellas y en pocos minutos el caudaloso río parece que transportara fuego en vez de agua. Las miles de navcillas cargadas de deseos encendidas iluminan la noche en su loco descenso por las aguas para zozobrar y apagarse en algún lugar más adelante, . . . tal vez una metáfora de la misma vida humana.

Muchos se sumergen haciendo sus abluciones para la purificación, yo simplemente descalzo sentado en uno de

los ghats, con mis pies sumergidos en las frías aguas, contemplo. ¿Cuanto tiempo? Esta sería una pregunta inadecuada en la India en general y aquí en particular. ¿Cuánto tiempo? Difícil de medir, por otro lado las manecillas de los relojes de los peregrinos van a destiempo respecto de los que generalmente llevamos en nuestras muñecas. Estos últimos marcan siempre horas de sesenta minutos, todas iguales, todas indefectiblemente de sesenta minutos. El tiempo de la peregrinación se mide diferente, pero aun no he aprendido como hacerlo.

Miro a la derecha y veo como un gurú semidesnudo, con su cabeza rapada y sus tres líneas anaranjadas horizontales pintadas en la frente –como seguidor de Shiva- me contempla. No habla, solo me sonrío. Poso mis ojos sobre los de él, sobrarían las palabras. De hecho siempre sobran cuando alguien está muy lejos del otro, porque en ese caso serían inútiles y también sobran cuando uno esta muy cerca del otro, porque en ese caso serían innecesarias.

Me incorporo lentamente, hago mi reverencia juntando mis manos e inclinando mi cabeza, Namaste. El monje hace lo mismo. Un grupo de leprosos con

diferentes amputaciones me piden limosna: "bakshis, bakshis. . . ". Dejo algunas rupias en sus cacharros y nos saludamos. Continúo recorriendo, o mejor me dejo llevar por la multitud. La luna está más alta en Rishikesh, sin duda la ciudad de los sabios, donde el brillo de los ojos y las sonrisas iluminan la noche.

Estos hombres y mujeres, estos peregrinos de la vida, entienden que se puede alimentar y hacer crecer el espíritu, así se coma mal y salteado. Aquí comprendí la diferencia entre pobreza y miseria, ellos, la gran mayoría son pobres, algunos extremadamente pobres, pero nosotros ¿que hacemos con nuestras miserias? Esta gente comprende que ser feliz es un trabajo, el mayor de las odiseas humanas, la cual no cesa ni un solo segundo en el transcurso de la vida, porque cada instante que dejamos de ser felices es cuando Tanatos vuelve a ganar otra partida a Eros. Porque ser feliz debiera ser la meta última y primera del peregrinaje humano.

Aquí la unidad convive con la diversidad, el monismo con el pluralismo y es esta relación con su insistencia en la tolerancia, la revelación de la

peregrinación, más allá de las posiciones filosóficas y las creencias.

Como dicen por aquí, nadie salta fuera de su sombra y de esta manera hoy mi sombra se suma a la de millones de peregrinos que creen que esto es parte del camino para ser mejor. Lo mas difícil del mundo es escuchar y ver, tal vez pueda encontrar aquí la entrada a la senda de escuchar pero sin los oídos y de ver sin necesidad de los ojos.

A veces, peregrinando por el mundo, me parece sentir que la vida es un banquete y que la humanidad, al menos en parte, se muere de hambre. Porque los manjares del banquete están al alcance de nuestras manos y nuestra ceguera no nos permite verlos.

Obviamente no me refiero a los manjares que llenan el estómago ni los bolsillos, ya que estos son muy sencillos de llenar, me refiero a los grandes banquetes que colman el espíritu, el alma o como cada uno quiera llamarlo. Me refiero a aquel alimento que permite ser mejor, crecer, . . . hacerse persona.

Pasan las horas y dejo de ambular de aquí para allá. En la margen derecha del río, los peluqueros no cesan de rapar las cabezas de los niños, lo que es para ellos

algo así como un bautismo, algunas mujeres se me acercan con grandes cobras y pitones sobre sus hombros para ser fotografiadas mientras otras secan sus saris. No hay duda, es la gran fiesta, porque este baño sagrado puede volver al creyente ochenta y ocho generaciones atrás, a reunirse con todos sus ancestros, este es el trabajo en busca de la liberación del ciclo de la muerte y el renacimiento, el samsara.

Absolutamente todo me supera; muchas veces me he preguntado que cimienta la dignidad humana, sino el hecho de que todos los seres humanos estén abiertos hacia algo más elevado y más grande que ellos mismos.

Absolutamente todos los actos pueden ser interpretados y relativizados según los tiempos y lugares, pero la verdad no se impone más que por la fuerza de su propia verdad. Y aquí la verdad es ésta, miles y miles de personas creyendo que esto es bueno para todo el mundo, creyendo que esto es algo más que los hombres pueden hacer para colaborar en lograr el equilibrio cósmico.

Algo cambió para todos los que estamos aquí, lo notamos en los encuentros de nuestras miradas, no

somos los mismos. ¿Quiénes somos pues? Una frase de un viejo maestro budista llega a mi memoria: "el fin del mundo para una oruga, es una mariposa para el maestro". Namaste.

DARSANA

Peregrinar, supone una situación mental, una actitud especial. Y cuando uno lo realiza por caminos no convencionales esa situación cambia constantemente. A veces en pocos kilómetros uno no sólo cambia de paisaje sino también de tiempo, algo así como entrar en otra dimensión.

A veces se me sugiere una imagen cubista, donde la realidad es fraccionada, destruida, para luego ser puesta en un gran calidoscopio y entonces comenzar a verla girando sin detenerse. Va de suyo que es otra realidad o a que al menos la percibiremos diferente.

La palabra para designar filosofía en sánscrito es "darsana", cuya traducción es ver o contemplar. Ya hace tiempo que estoy en este país, rodeado de fieles bañándose por millones en sus ríos sagrados, ascetas orando por doquier y pueblos y ciudades cuyos habitantes veneran a sus dioses como algo familiar.

Y entre todo, en medio del gran calidoscopio, me encuentro tratando de vivir el término darsana.

Como decía Tagore, aquel escritor y poeta de esta tierra, que en 1913 logró por primera vez que la Academia Sueca hiciera honores al talento asiático, otorgándole el premio Nobel de literatura: “. . . donde sea que el paisaje sea inmenso, el cielo ilimitado y los sentimientos insondables, es decir donde el infinito se manifiesta, el individuo y el universo se encuentran en planos iguales, dignos de mirarse uno al otro, cada cual desde su propio trono”.

Aún no termina de amanecer y la niebla sobre el Ganges apenas permite ver los ghats, las escalinatas de las orillas. Subo a un viejo bote donde dos jóvenes de pequeña contextura me llevan a remo río abajo, para contemplar a los creyentes orando, sus ofrendas a la deriva de la corriente y las continuamente encendidas piras funerarias.

Rápidamente el astro rey comienza a elevarse y ahora puedo ver el perfil de la ciudad eterna de Shiva, Kashi, para nosotros los occidentales, Vanarasi o Benares.

La historia escrita de esta ciudad la convierte en una de las más antiguas del mundo. Benares desde siempre fue el centro de peregrinación más importante

del hinduismo, el centro de la erudición sánscrita. Las ideas que florecieron aquí influyen aun luego de milenios en la vida de gran parte de Asia y de otros lugares del planeta.

Miles de fieles se encuentran frente a mí y junto a los primeros rayos comienza a celebrarse la ceremonia de adoración al río sagrado. Recogen agua del río en una suerte de cacharro de bronce y la elevan ofreciéndola al sol, recitando milenarios versos de Rig Veda, los libros sagrados más antiguos de la humanidad, cuyo nombre deriva del sánscrito "vid", es decir, saber. Completadas las oraciones, devuelven el agua al río sagrado para que siga corriendo, purificando las almas a su paso hasta perderse en el mar.

Pasaron miles de años y Benares hoy, vive de sus mitos porque estos están en la base misma de toda la actividad de sus habitantes. Existe una notable congruencia entre las estructuras míticas y las cívicas y sociales. El sistema cultural de Kashi sostiene lo que el mito recalca y allí frente a lo que fue el magnifico palacio del maharaja de la ciudad –hoy convertido en albergue de peregrinos- cuyos muros caen en picada sobre los ghats, las continuas piras

funerarias recuerdan el fin y el inicio de incontables reencarnaciones.

Hace siglos que la gente procedente de todos los rincones de este sub-continente viene a morir a Benares. Para ellos, ésta es la última parada de la larga peregrinación que han recorrido a lo largo de varias vidas. Para quienes no han muerto en esta ciudad, sus parientes saben que las generaciones venideras – sus descendientes- cumplirán algún día con la obligación de traer sus cenizas aquí, arrojarlas al río y de esta manera permitir que el difunto llegue a encontrar el moksha, el nirvana.

Para el hindú, la verdadera muerte no ocurre cuando sucumbe el cuerpo, sino en la pira funeraria. La incineración es importante porque es el “último sacrificio”.

Luego de un tiempo de vagar sobre las aguas desciendo del bote y comienzo a subir las escalinatas para encontrarme nuevamente recorriendo el nudo de laberintos de callejuelas de la ciudad. Estas callejuelas revelan mucho más que cualquier texto histórico sobre la cultura de este país. En ellas, el pasado y el futuro coexisten escritos en los pasajes

de tierra por los que camino, ellos revelan sin más el cosmos indio.

Benares es el ejemplo de mayor diversidad de culturas y costumbres en un espacio mínimo posible: nepalíes, tibetanos, bengalíes, síndes y otras etnias, conviven en perfecta armonía a las orillas de la diosa Ganga. Filósofos, ascetas, músicos, poetas. . . todos tan cerca y a la vez tan alejados, ensimismados en sus propias actividades.

Los callejones enteros son lugares sagrados. Es casi imposible recorrer más de cincuenta metros sin toparse con un altar dedicado a alguna de las miles de divinidades que rigen los destinos de este pueblo, Shiva, Visnu, Parvati, Ganesh. Deidades protectoras, destructoras, comprensivas o llenas de crueldad, todas encuentran un lugar donde morar. En todo momento se respira religiosidad, lo sacro flota en el aire.

En un mundo donde pareciera que San Marx ha fracasado y donde San Mercado es el mesías, recorrer Benares parece extrapolarse del mundo. Ciudad que es el fin último y a la vez el principio de millones de peregrinos, de caminantes en busca del significado mismo de la vida.

LA CIUDAD DE LA PAZ

Las ciudades occidentales se han vuelto pragmáticas, funcionales y seculares. En aquellas que tienen miles de años como Atenas o Roma, la gloria es pasada y sus monumentos son ajenos a la vida cotidiana. En cierta forma es sólo el turismo que las mantiene vivas.

En oriente es diferente. Caminar las calles de Katmandú, Madurai, Benares, es vivir conectando el presente y pasado.

Y aquí en Jerusalén, cumpliendo sus tres mil años de vida, vuelvo a sentir la misma sensación que en las otras ciudades mencionadas. La vieja ciudad amurallada continúa siendo un aquelarre de razas y credos. Una ciudadela que alberga más de treinta mil almas, con docenas de iglesias, mezquitas y sinagogas. Sacerdotes, vendedores, rabinos, santones y fundamentalmente peregrinos, todos juntos hoy, como hace cientos y cientos de años.

Para la gente de Jerusalén, la fe es una respuesta concreta de la santidad.

Jerusalén era Sion, La montaña de Dios. Hoy, al ver peregrinos ante la tumba de Jesús, judíos rezando en el

muro de los lamentos y musulmanes que esperan el llamado a la oración, entiendo que esta es una ciudad de creyentes. La gente de aquí, esta unida por la creencia en un dios único y divididos por la religión, que es la aplicación de una convicción. Gente que comparte la visión de un solo dios, pero que entiende el mundo de formas diferentes. Hace mucho tiempo que los grandes ídolos cananitas fueron destruidos por los israelitas que proclamaron su dios único. Mil años después nació el cristianismo y luego el Islam.

Aquí las piedras son sagradas para los seguidores de las tres religiones. Extraña historia la de esta ciudad santa, cuyo destino siempre fue, desde la muerte de Salomón, decidido desde fuera: babilonios, persas, griegos, romanos, cruzados, británicos. . . Y extraña ciudad, en la que el barrio define religión, etnia, y tal vez afinidad política. La vecindad aquí define amigos y esposos.

A lo largo de tres mil años, desde la fundación de la ciudad por el rey David, los pueblos civilizados se han sustituido como amos y cautivos en esta ciudad destruida más de treinta veces.

La historia de la ciudad esta escrita en sus murallas. La Biblia nos informa que Nehemías restauró estos muros. Tito y Adriano los destruyeron, la emperatriz Eudocia los volvió a reparar y Solimán el magnífico, volvió a levantarlos. Y de esta forma continuó su larga historia. En 1948, el primer ministro Ben Gurión pensó en derribarlos para celebrar la liberación. El mismo año, soldados jordanos levantaron un muro de hormigón que fue demolido después de la guerra de los seis días. Podríamos llenar libros contando el sin parar de destrucción y reconstrucción.

Como toda ciudad amurallada tiene sus puertas. Grandes portales que son obras de arte en sí mismas. Frente a cada una de ellas el peregrino se siente trasladado al medioevo. La puerta de Damasco, la de Jafa, la de la Misericordia, la del arrepentimiento, la de Heródes. Pero obviamente la puerta Dorada convoca como ninguna, ya que nunca se abre pues se encuentra tapiada, aquella que Jesús atravesara para entrar en el Monte de los Olivos. Sellada con grandes piedras, la doble hoja es un típico pórtico oriental. Cuenta la leyenda que cuando Tito incendió el Templo, la

Divina Presencia huyó del fuego y salió por esta puerta.

Los judíos creen que el día del Juicio Final, la Divina Presencia la cruzará para ir al Monte del Templo y ese día las almas de los justos ascenderán al cielo y las de los pecadores irán al infierno. El Juicio tendría lugar al pie del Monte de los Olivos.

Para los musulmanes, aparecerá un puente "tan delgado como un cabello y tan filoso como una espada", que los virtuosos cruzarán a salvo, mientras los impuros caerán al fondo.

Punto de referencia y lugar de peregrinaje para los judíos de todo el mundo, símbolo de la fe hebraica, el Muro de los Lamentos es hoy sólo un fragmento del muro occidental de la explanada del Templo.

La denominación se debe al largo exilio de los judíos, a quienes los romanos prohibieron volver a la ciudad y a quienes los bizantinos sólo permitieron regresar una vez al año, para orar con motivo del aniversario de la destrucción.

Más allá del credo personal, frente a este muro, separado por una valla de unos dos metros de altura, dividiendo el

sector de hombres del de mujeres, uno entiende lo que es creer y peregrinar.

Me vuelve a la memoria aquella noche, hace unos años en Sarnat, cuando pude presenciar la reunión de monjes ante el nombramiento de un nuevo lama, justo allí donde Buda dio su primer sermón. También los viernes, el salat, la oración comunal en la gran mezquita de Delhi, con sus miles de fieles arrodillados en dirección a la Meca. Recuerdo aquellas muy ancianas mujeres en Rusia, luego de la Perestroika, orando en las iglesias, como desde muy niñas lo habían hecho antes del 1917. Peregrinos, siempre peregrinos.

Coloco una kipa sobre mi cabeza y lentamente me acerco a los grandes bloques de piedra, donde en sus juntas los creyentes colocan papelitos con sus votos y plegarias. Orando y acompañando con movimientos del cuerpo sus palabras. Como en todas las religiones, como en todo peregrinar, alma y materia comprometidas frente a lo sagrado, como tratando de lograr la unidad.

Y mientras estos fieles continúan sus plegarias, la voz del almuecín llama por los altoparlantes a la oración y en alguna iglesia cercana suenan las campanas. Tal

vez el sonido sea el verdadero lenguaje de la paz, de la unidad en la diversidad. Ya no hay judíos, ni musulmanes ni cristianos; sólo hay hombres y mujeres que creen en algo que no importa como se lo llame. Sólo importa que si ese dios existe, los escuche y les traiga todo el amor que los humanos necesitamos para vivir mejor.

Tal vez algún día exista un muro, donde todos los hombres puedan rezar juntos tomados de la mano, más allá de la raza, credo o ideología. Tal vez ese día yo también pueda rezar.

A veces la historia parece una paradoja, la ciudad de la paz, Jerusalén, vive hace milenios en conflicto constante. Tal vez el nuevo milenio traiga la paz presagiada por Isaías: “. . . forjarán podadoras de sus espadas y azadas de sus lanzas, no levantará la espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra”. Tal vez

EL FANTASMA DE LA LÓGICA

¿Qué es un color?. Supongamos que digo verde, ¿alguien me puede decir que significa eso? Sí, desde ya que puedo pensar en objetos que identifico con el mencionado color: césped, copas de árboles, esmeraldas, alguna tela, pero la respuesta cierta parece casi imposible.

No se puede desear lo imposible, pero parece a veces que es con lo imposible con lo que se cuenta y con lo que se vive.

Y este imposible parece una sinrazón, pero ésta vence a los sentidos y ahí está entonces el principio del fantasma. Por momentos se me sugiere que el universo no es dialéctico, que esta condenado a los extremos y no al equilibrio, algo así como una condena perpetua al antagonismo radical, un no a la reconciliación y a la síntesis. Todo esto produce en el hombre una gran angustia.

Como plantea Baudrillard, ya no habrá juicio final, hemos pasado por él sin darnos cuenta, algo así como haber transgredido todo, inclusive los límites de lo real y de la verdad.

Dijo el poeta que no hay otro tiempo que el que nos ha tocado, pertenecemos

al nuevo milenio y hemos llegado a él escalando la ardua pendiente de la razón, de la lógica, y entonces hoy siendo los depositarios de tanto saber racional, debemos explicar todo y a todos.

La lógica y la razón son pues nuestra arma genial –y mortal- , “pienso, luego existo”, todo en eterno equilibrio. Pero un día vuelvo a pensar en aquel color verde, y no puedo concretar su significado, un día me emociono y la lógica ya no encaja, un día me enamoro y comienzo a comprender que aquello que había sido mi mejor defensa y ataque ya no tiene sustento, que sólo era un fantasma al cual me prendí sólo por no haber asumido mi simple condición humana.

Sí, así es el tiempo que nos ha tocado. Un tiempo donde los humanos padecen de una cierta duda en relación al conocimiento y al pensamiento, tiempo donde nos enseñaron que el primero precedía al segundo. Un tiempo donde se sobrevalora la acción, la actuación en detrimento del sentir.

De esta forma, la actuación, la máscara, el disfraz, se ha convertido en una profesión. Profesión espuria y sin demasiado riesgo. Profesión legitimada por el éxito, el dinero, el poder. Un tiempo

donde se logró objetivar al sujeto, sin entender que es el sujeto quien sólo puede desear y que el objeto sólo puede seducir, corriendo el riesgo de pasar del esplendor del sujeto a la miseria del objeto.

¿Cuándo nace entonces el fantasma de la lógica? Seguramente cuando el hombre necesitó encontrar respuestas a los sin sentidos de la vida, cuando el binomio ser-estar comenzó a transformarse en intolerable, cuando su ego se vio tan desprestigiado frente al tamaño de la naturaleza, cuando tomó realmente conciencia de su pequeñez.

De esta manera el problema ha consistido siempre en producir un orden a partir del desorden, lograr un cosmos a partir de un caos.

Pero la vida nos enfrenta una y otra vez al azar, ese monstruo que escapa de toda lógica. El fantasma lógico encontró entonces su gran adversario, alguien con quien sus juicios y razonamientos ni siquiera pueden mellarlo.

Es en ese momento cuando el fantasma comenzó su especulación lógica sobre el azar. Una primer hipótesis supone que todas las cosas están llamadas a encontrarse y que sólo el azar

impide que se encuentren. La segunda teoría, sostiene que todas las cosas están diseminadas y son indiferentes y sólo el azar permite que se encuentren.

De esta manera la lógica trató de poner a su adversario dentro de uno de sus moldes, pero el azar continúa siendo un genio malvado que se complace en conjunciones insólitas y se encuentra fuera de las explicaciones deterministas del análisis lógico.

Pero hay más. Para que exista azar, es preciso que exista coincidencia, que dos seres se entrecrucen, que dos acontecimientos se encuentren, y aunque la posibilidad de esta coincidencia sea mínima, es preciso que pueda producirse la conjunción. Pero este postulado no es seguro ni lógico, de hecho no tenemos la seguridad que el encuentro suceda.

Y los peregrinos, saben, conocen, mejor que nadie las tácticas del azar. Pues andar haciendo camino, no es lógico, ni siquiera seguro. Sólo hay que hacerlo. De eso se trata.

El peregrino tiene claro que la peregrinación puede ser cambiante, de hecho lo será. El peregrino sabe que el camino recto, aquel que une linealmente dos puntos, es sólo parte de la teoría del

fantasma de la lógica. El peregrino aprendió que la vida es mucho más compleja –y por ende más rica- que una simple línea recta.

El hombre en camino acepta que la ruta es sinuosa, que asciende y desciende, que se desplaza a derecha e izquierda. Acepta que encontrará días soleados y también fuertes tormentas. Que habrá momentos de gran visibilidad y otros donde desesperará por carecer totalmente de visión. Que deberá soportar el frío intenso y el calor desesperante.

El peregrino sabe que todo eso se llama "vivir", y que no hay lógica que lo explique.

Cae la tarde en Bali, frente al templo de Tanah Lot, pueden verse monjes, pescadores, incluso fanáticos del surf juntos sobre las arenas doradas . Un grupo de peregrinos hace sus ofrendas en el acceso al templo, el cual con el sol donde se encuentra ahora, sugiere con su techumbre en forma de pagoda un fabuloso ser alado salido de un cuento.

En la peregrinación, más allá de la característica propia, siempre la débil línea que separa mito y realidad se desvanece. La frontera entre lo que es y lo que puede ser, se transforma en un

banco de niebla dentro del que se camina sin rumbo, a la espera de un viento revelador que disipe la bruma y ayude a descubrir el derrotero.

Y aquí, en esta pequeña isla hinduista, dentro del país con mayor seguidores del Islam, el mito es la estructura básica de las peregrinaciones, que en este lugar no cesan ni un solo día al año.

Para Mircea Eliade, los mitos cuentan historias sagradas ocurridas en un tiempo primordial, el tiempo de los comienzos, el "illo tempore". Aquí en oriente el mito da sentido a toda la existencia, es una verdadera actitud religiosa. El escuchar el relato de un cuento es viajar a un tiempo sagrado diferente del de la cotidianidad y por consiguiente, creados también de un espacio distinto.

El mito tiene su génesis en la tierra de nunca jamás y en un tiempo al que la memoria de los hombres ya no alcanza, pero que da respuestas a los grandes interrogantes y a su vez sentido a la vida, cumpliendo su función ordenadora y ejemplificante.

Desde el Sahara a la China y desde las estepas rusas al Indico, es común cruzarse, cualquiera sea el paisaje, con

personas de todas las edades que rodean y escuchan atentamente el relato de algún anciano. Este tipo de reuniones no es habitual en Occidente, incluso se las ha combatido por centurias.

Las primeras críticas las hicieron los griegos, pero fue el cristianismo y su noción de tiempo histórico y lineal, con un comienzo y un final, el que acertó un duro golpe, al que se sumaron los del pensamiento renacentista y la ciencia occidental, desencantadora de mundos habitados por seres fabulosos y capaces de gestas increíbles.

Pensadores como Barthes sostienen que el objetivo de los mitos es inmovilizar al mundo. Otros, tal es el caso de Labourdette, afirman que el racionalismo occidental ha hecho creer que el mito se disipa y pertenece a edades y espacios arcaicos. Para Jung, en cambio, todo el interés y la energía que el hombre moderno de occidente invierte en ciencia y técnica lo consagraba el hombre de ayer –y todavía el oriental- a su mitología.

García Pelayo por su parte, está convencido de que las funciones míticas son esclarecedoras, integradoras y movilizadoras. En tanto Durand plantea que el mito, formado por símbolos,

contiene su propio sentido, desbordando de esta forma la linealidad del significante. No hay que olvidar que Freud, consideraba al sueño como mitología del durmiente y al mito como sueño del despierto de los pueblos.

En ocasiones he percibido que para el peregrino, como para el oriental, el universo es transparente, que para ellos hay un mundo que los mira, los escucha, los siente. Desde ya que estamos en territorio mítico, donde creencias y razonamientos se entretujan incesantemente entre espacios, tiempos sagrados y profanos.

Tal vez el mito, el cuento, la leyenda, pueda ayudar a cerrar las grietas que abren las dualidades humanas, tales como el adentro y el afuera, lo temporal y lo eterno, lo arcaico y lo moderno, la lógica y la mítica, el oriente y el occidente. Y porque no entre la vida y la muerte. Acaso Eros y Tanatos no tenían en el hermano Hipnos, el sueño que podía unir ambos límites de la fisura.

Cae la tarde en Bali y frente al templo de Tanah Lot un grupo de jóvenes se sienta en círculo, rodeando al anciano de larga barba blanca. Antorchas y sahumeros dan la bienvenida a la noche.

El silencio inunda el paisaje y sólo se escucha la voz del narrador que comienza a desgranar una historia acaecida en otro lugar, en un tiempo donde la memoria de los hombres ya no recuerda.

Aquí el fantasma de la lógica se disuelve en un simple cerrar y abrir de ojos.

¿Qué es un color? Supongamos que digo verde. ¿Alguien podría decirme que es eso

NIRVANA

Aún no amanece, pero el calor es intenso y la humedad total. La luna llena brilla en todo su esplendor. A estas horas, caminar por las calles de Bangkok no parece una buena idea, de hecho lo ideal sería buscar un lugar fresco, por ejemplo, mi habitación del hotel.

¿Qué hago aquí pues? Supongo que desafiando aquella frase que sostiene que el siglo que nos toca vivir, es sin más la "era seglar", entendiendo por esto que es un período donde la religión y la fe no son cuestiones demasiado importantes.

Aquí, a estas horas, cientos de biakkus -monjes budistas- descalzos, con sus cabezas rapadas, sus características túnicas color azafrán y llevando en las manos su única propiedad, un cuenco, recorren las calles recibiendo un poco de arroz y alguna fruta que se convertirán en su única comida del día.

Para los habitantes de este país, ese arroz dado al monje no es un mero acto de caridad, no tiene sólo el fin de ayudarlo. En verdad, el acto tiene como fundamento que el donante se beneficie en su balance kármico y sienta que al haber dado salió ganando.

Sólo la ciudad de Bangkok cuenta con más de quinientos wats (monasterios), donde los hombres de todas las edades se retiran a meditar tanto en forma permanente como temporaria, pues esto se considera imprescindible para una formación integral.

De esta manera, mientras nuestro simpático planeta ya supera los seis mil millones de habitantes, algunos cientos de millones han decidido seguir el camino del Buda. Lo hacen trabajando día a día en sí mismos para lograr alcanzar el nirvana, estado que los mismos budistas dicen que no puede describirse con palabras.

Etimológicamente, nirvana significa apagar y expansión ilimitada. Apagar podría referirse a dejar de lado el odio, la codicia y la mentira. Expansión en cambio, cabe asociarlo a formar parte del universo todo, a lograr la fusión de la unidad en la diversidad.

Fue precisamente el nirvana lo que alcanzó el príncipe Siddharta cuando se convirtió en Buda, el iluminado. Sus principios han coexistido a través de veinticinco siglos con otras religiones y tradiciones y esto es, a mi modesto entender, el porque de que esta forma de

pensamiento sea uno de los mayores tesoros de oriente. Para esta forma de entender el universo, una verdad no tiene porque suplantar o desplazar a otra, cosa que aún occidente esta muy lejos de entender.

A lo largo de siglos, por la ruta de la seda, desde Irán al Japón y desde los Himalayas al Indico, esta forma de pensar fue ganando vastos espacios.

Los monjes con quienes me cruzo bajan suavemente la cabeza para saludarme. Hago lo propio con ellos. Comienza a clarear y me siento a descansar en un umbral. Detrás de la gran puerta en la cual apoyo mi espalda se encuentra una estatua de Buda acostado que mide cuarenta y cinco metros de largo y quince de alto. Es el Wat Po y entre sus maravillas se pueden contar otras trescientas catorce estatuas de Buda.

Algunos monjes me sonrían. Pienso en las diferencias entre ellos y nosotros. Los occidentales tenemos una mentalidad abstracta, analítica y dicotómica, tanto que a veces el péndulo va desde lo ideal puro hasta lo material exclusivamente, no pudiendo casi nunca concatenar ambos extremos. El oriental en cambio, es concreto, imaginativo, sensible. Esta

interesado en la historia, a lo abstracto lo encarna en la parábola, el cuento y el mito. En estas latitudes la palabra no es el logos, algo puramente intelectual sino todo un acontecimiento. Aquí, idea y acción se complementan, jamás pueden ir separadas. Al igual que sucede en la peregrinación, en oriente la fría razón abstracta se convierte en mito simbólico y relata algo existencial.

Oriente tiene lógica, claro, pero "su" lógica. Por un lado la lógica paradójica generada por pensadores como Lao Tse y Confucio, por otro, la lógica de relación, que interpreta al mundo no como ente separador sino como telaraña de relaciones.

Por último, otra gran diferencia con occidente podría radicar en que el oriental preferentemente, pone énfasis en la intuición. ¿Acaso podemos olvidar el peso que aún tiene sobre la conducta de los occidentales aquella teoría resumida por Descartes a principio del siglo XVII la frase: "pienso, luego existo". Tal vez Pascal, el más oriental de los pensadores clásicos, cansado y algo desilusionado del mundo de la razón pura, nos haya alcanzado cierto alivio con otra

aseveración: ". . . el corazón tiene razones que la razón no entiende".

Mientras me pierdo en divagaciones docenas de sonrisas me siguen saludando al inclinar sus cabezas. Hace ya mucho tiempo que en occidente dejó de fomentarse este tipo de gestos entre los seres humanos. A veces siento que llevamos una existencia solitaria, disgregada, no solidaria y que sólo nos une la soledad. Como dice un amigo, estamos tan locos que todos juntos se escribe separado y separado se escribe todo junto.

Oriente siempre anduvo tras la búsqueda de lo absoluto, pero no buscó a través del intelecto puro sino del espíritu y la meditación. El fin de las filosofías orientales es la liberación del sufrimiento, no para el éxito, el poder, las apariencias y el dinero. La búsqueda de esa liberación es una suerte de gimnasia del espíritu, una rutina moral para elevar a la persona.

Maya es el término sánscrito con que se denomina a la ilusión en que vivimos e interpretamos la realidad. Se nos dice qué debemos ver y oír, y no se nos dice nada de lo que realmente vemos y oímos. La consecuencia de tal conducta es sin más

la ignorancia profunda. El oriental, al igual que el peregrino, tiene como meta de vida el superar tal ignorancia, el trascender la ilusión.

El lenguaje del oriente como el del peregrino es simbólico, algo que los occidentales hemos perdido casi totalmente. Su metafísica no se expresa en términos especulativos sino mediante mitos.

Freud aceptó la existencia de elementos inconscientes no reprimidos. Jung por su parte, paralelamente al inconsciente personal reconoce el colectivo, cuyos elementos constitutivos son típicos de todo el género humano. Es lo que se define como el producto de la estructura cerebral heredada.

En la historia de la humanidad y en sus mitos, encontramos todo un repertorio de reacciones y creencias que son comunes a los hombres en todas las épocas y lugares. Esto demuestra una inclinación del espíritu a cristalizar siempre en los mismos cauces. Los ejes de cristalización se dirigen siguiendo patrones que Jung llama arquetipos, expresión que ya encontramos en Filón de Alejandría, en Dionisio el Areopagita o

en el mismo San Agustín. Es el arquetipo del Eidos platónico.

Los arquetipos generados en el inconsciente colectivo, se expresan a través de alegorías y sobre todo del mito. Son un torrente de pensamientos y experiencias que nunca han estado bajo la forma de la conciencia humana..

El oriental sabe que los mitos están sujetos a leyes diferentes, que invaden nuestra vida consciente y que en parte determinan nuestro destino. El símbolo es el arquetipo visible, es la expresión de algo desconocido, que no puede transmitirse de otro modo. El hombre lo usa para representar conceptos que no puede definir por estar estos más allá del entendimiento humano.

Los mantras y los mandalas son el caso paradigmático y palpable de este arquetipo. Cuando a través de la estrechez de la razón y la lógica occidental tratamos de captar lo sustancial del símbolo, simplemente fracasamos. El racionalismo excesivo de la modernidad occidental a llevado al mundo actual a olvidar el mito y a enrolarse en la violencia, la disociación, la destrucción. En síntesis, la muerte.

El hombre de hoy, hijo del pensamiento cartesiano, está pagando un alto precio por esta rotura y lo confirma, por ejemplo, la desorientación.

Pro posón era el nombre que en la antigua Grecia se daba a la máscara llevada por los actores. Algo así es lo que lleva al hombre a aparecer "como se debe", como lo que se espera de él y no como quiere o simplemente como es. La máscara lleva a un modo de vida antinatural y estereotipado.

Hoy en occidente, comenzamos a entender que la tecnología no es un reaseguro permanente. Y con esto no pretendo restarle importancia. Soy por convicción y formación un defensor de la ciencia, la técnica y todos sus vástagos. Son de las cosas más maravillosas que ha logrado el ser humano y en él esta darle un uso positivo. Un martillo no es bueno ni malo, ni ético ni no ético. Si el martillo lo usamos para construir, para clavar, para crecer, pues bien. Si lo empleamos para romper cabezas de aquellos que no piensen como nosotros, pues no tan bien. De hecho lo importante es el uso que hagamos de él. Y este ejemplo del martillo es aplicable a todas las cosas de la vida.

Tal vez buscando la unidad en la diversidad, lleguemos a vislumbrar la posibilidad de una experiencia que supere la cruda realidad y razón, ampliando el campo de la imaginación, la afectividad y la intuición.

Pensadores como Sartre, Heidegger y Jasper, entre otros, luego de la gran guerra redescubrieron a filósofos como Kierkegaard y así cuestionaron los cimientos mismos del ser, poniendo en jaque a las categorías metafísicas tradicionales.

Al igual que para el hombre que está en camino, el peregrino, "todo es uno para el oriental", todo está relacionado con todo, como lo enseñó Buda y a esto se llama ley de reciprocidad. De allí que la mayor virtud será la Karuna budista, la compasión universal por todos y por todo. La experiencia recíproca es la clave para entender al mismo oriental.

Como dijera Rollo May, sólo la verdad que es experimentada tiene el poder de cambiar al hombre. Esta frase, de algún modo podría sintetizar el pensamiento budista y el fin mismo de cualquier peregrinación. Para el budismo, la libertad en sí es una quimera, pero la liberación es un acto, todo un programa.

Los primeros rayos del sol se perfilan por detrás de la gran stupa dorada del wat Phra Keo, el templo del Buda Esmeralda. Los monjes en silencio, regresan a sus monasterios. Tal vez la era de seglar este llegando a su fin, tal vez comiencen a multiplicarse los peregrinos por doquier. Tal vez llegará el día en que sólo usemos los martillos para construir, para crecer. ¿Por qué no una civilización global más dadora que tomadora? ¿Por qué no?

LA SILLA DE DIOS

La silla de dios es la traducción literal de Lhasa, también llamada por los chinos la morada del venerable. Situada en un valle en los Himalayas, a más de tres mil metros de altura, es la ciudad más importante del Tibet, siendo durante siglos la más misteriosa de oriente.

Las primeras noticias acerca de la existencia de esta ciudad llegaron a occidente en el siglo XV. Las alcanzó primero un monje italiano y un par de centurias después un misionero portugués. Pero tuvieron que pasar algunos siglos para que yo pudiera estar aquí. Cobijado del frío, en una casa construida mitad con piedras y mitad con cuernos de yaks y carneros, saboreo un té fuerte y a través de una de las dos únicas ventanas, contemplo el inmenso conjunto de templos y monasterios, el imponente Potala, otrora residencia del Dalai Lama. Para algunos, esta es la montaña del Buda.

Los lamas –los que no pueden ser adelantados- viven en Lhasa y en sus inmediaciones. Por momentos me parece que superan a la población civil y sus

monasterios llamados gompas, dan prestigio a las aldeas cercanas.

Lhasa ha permanecido cerrada a las conquistas occidentales, conservando de esta manera una vida cultural de carácter místico-religioso. Si bien los habitantes de la región son budistas, tienen algunas creencias muy particulares, diferentes de las otras regiones y bastantes complejas con respecto a la doctrina del príncipe Siddharta. Así todo, al igual que en la India, hay quienes siguen fieles a las ideas originales de los primeros misioneros budistas, persiguiendo el fin supremo de liberarse del deseo para alcanzar el nirvana.

Pero lo interesante es la armónica convivencia de estos con lo que podríamos llamar hechiceros y magos que adivinan el futuro, curan enfermos en extrañas ceremonias y fundamentalmente, ahuyentan demonios transformándose en buenos exorcistas.

Como decía en los párrafos anteriores, el budismo en Lhasa es sumamente complejo. Fue introducido en el Tibet en el siglo VII y sufrió modificaciones al tomar contacto con los cultos y tradiciones preexistentes, cobrando un

carácter litúrgico y mágico que no poseía en otros lados.

El Vajrayana, o vehículo del diamante, es la forma en que el budismo entra en el techo del mundo e introduce fórmulas mágicas, dioses y demonios. Para lograr el dominio del cuerpo y el espíritu, acude a técnicas importadas de la India como el yoga. En el siglo XIV, producto de una reforma del lama Tson-ja-pa, aparece una nueva forma de pensamiento, el lamaísmo, con la figura del Dalai Lama, reencarnación del Buda, como soberano temporal. El lamaísmo no adora a ningún dios, si bien lo hace con hombres ilustres, casi santos, que se han distinguido por sus virtudes y rigidez moral.

Aquí los monasterios que son la meca de grandes peregrinaciones, son grandes complejos edilicios que cuentan con calles internas que convergen en un edificio central con altares y enormes bibliotecas. Algunos gompas parecen mini ciudades a la manera de ciertos monasterios del medioevo europeo. Otros se asemejan a espectaculares palacios, como el mismo Photala o el Prebung. Estos últimos recibían a los lamas una vez al año, ya que iban a adorar al Dalai y a recibir de él la interpretación de los

libros sagrados. Los monasterios eran casi independientes y formaban un estado dentro del estado ya que poseían tierras y rebaños además de comerciar libremente.

Parece mentira estar aquí sentado y hablar en tiempo pasado. Ocurre que como es de publico conocimiento, después de 1959 y tras la invasión china, los cambios obligaron a que ni siquiera el Dalai Lama resida ya aquí.

Pero volviendo a lo nuestro, cabe señalar que en el Tibet desde su aparición, los gompas ejercieron una gran influencia. El más antiguo fue construido aquí en Lhasa a mediados del sigloVII. Durante el siglo XV, se levantaron los monasterios de Gandam y Depung y algo más tarde el increíble Photala, la residencia del rey-papa.

El cargo de Dalai nace en el siglo XIII cuando el emperador Kublai Khan encomienda al monasterio de Sakia, la dirección espiritual de China. El Dalai nace predestinado y para diferenciarlo de los otros hombres, para reconocerlo entre el común de los mortales, hay que saber interpretar los signos en que se manifiesta su encarnación. Esto exige profundos estudios de los libros

sagrados, largas consultas con astrólogos y oráculos y hondas reflexiones alrededor de hechos y tradiciones. Hay otras ocasiones en que el propio Dalai en su lecho de muerte y en virtud de sueños y signos, comunica a los lamas del lugar y familia donde podrá encontrarse su sucesor.

En los primeros tiempos del lamaísmo, la sucesión se llevaba a cabo de manera azarosa: en una urna de oro se colocaban distintas bolas, algunas con la inscripción SI, y otras con la inscripción NO. A su vez la urna contenía bolas con el nombre de los niños que estaban en condiciones de desempeñar el cargo y el nombre que salía tres veces acompañando la bola SI, era quien sería designado Dalai Lama.

La majestuosidad de los templos de Lhasa es subrayada tanto por su ubicación, en la parte superior de las laderas como por la naturaleza que los rodea. Según los cánones, los edificios religiosos deben estar construidos en forma de tronco piramidal y pintarse sus muros según la orientación; al norte, verde; al este, rojo; al sur, amarillo y al oeste, blanco. La brillantez de sus exteriores contrasta con el interior donde

suele prevalecer la semi-oscuridad salvo en las fiestas. Entonces se llenan de miles de velas, inciensos y vestiduras sacerdotales brillantes.

Pues bien, se terminó mi té. Es hora de volver a ponerme mi abrigo y los guantes para continuar el camino hacia arriba, hacia las cumbres, en verdad hacia el interior de uno mismo. De eso se trata.

DE A PELDAÑOS

" . . . En la medida en que el sueño nos presenta un deseo como cumplido, nos traslada indudablemente al futuro, pero este futuro que al soñante le parece presente, es creado a imagen y semejanza de aquel pasado por el deseo indestructible". Con esta frase de "la interpretación de los sueños", el padre del psicoanálisis da una idea muy acertada de la relación pasado, presente y futuro.

Algunos sostienen que el inconsciente no conoce el tiempo, pero ¿como podría no estar sujeto al paso del tiempo algo que existe? Como sostiene Lacan: ". . . si escapa al tiempo, ¿a qué registro del orden de las cosas pertenece el deseo indestructible? Pues, ¿qué es una cosa sino lo que dura idéntico por un tiempo?"

Los griegos anteriores a los padres de la metafísica, habían reconocido el carácter heterogéneo del tiempo humano y tenían un término a través del cual daban cuenta de ello: Kairos. Este es el momento del tiempo oportuno, el de la ocasión en que la posibilidad se

manifiesta en la temporalidad, para luego desaparecer en ella.

La densidad del tiempo humano es fluctuante y esta es una de las condiciones más espectaculares del hombre; el fluir del tiempo humano es una sucesión de ocasiones discontinuas y a menudo muy diferentes.

El tiempo humano está tan cargado de emociones, que no existe acción del hombre que escape del condicionamiento emocional. Nuestro accionar está siempre dentro de una dimensión temporal. De hecho, a veces muy a pesar de uno, nada de lo hecho puede deshacerse y nada puede volverse a hacer. Por otro lado, haber sido, es la forma mas segura de ser.

Minuto a minuto, escalón por escalón, el hombre elige entre un gran abanico de posibilidades presentes y esa elección será tal vez una huella inmortal en la arena del tiempo de cada uno.

“ Quien asciende de peldaño a peldaño, se halla siempre a la altura de un peldaño”. Era aún un joven adolescente cuando por primera vez escuché esta frase del maestro Antonio Porchia;

pasaron muchos años, muchos juegos, pero en la vida de un hombre siempre quedan marcas de aquellas que no sólo el tiempo no borra sino que con el pasar del tiempo se acusan más y más. Parte del juego de la vida.

También decía el poeta que a veces la vida abre una puerta, entonces uno entra y se vuelve a encontrar con otras cien puertas cerradas.

Estoy a punto de apoyar mi pie sobre el primer escalón de la escalinata que tengo delante de mí, cuando una anciana me toma del brazo y me dice una serie de palabras inentendibles. Mi conocimiento sobre el uzbeko sólo se reduce a una docena de palabras, con lo cual me es imposible decodificar las palabras de la mujer cuya edad es imposible de fijar. Trato de decirle en diferentes idiomas que no entiendo, pero no obstante sigue aferrada a mi brazo.

De repente aparece en escena un hombre que hace de traductor. Le explico la situación, que sólo quería comenzar a subir la escalera y la aparición de la anciana. Comenta algo con ella, y me dice que la mujer en cuestión sólo quiere hacerme una advertencia.

Cada vez entiendo menos con lo cual pido más precisión. Y a medida que la guardiana de la escalera comienza a explayarse el hombre me explica: " sube muy despacio la escalera que tienes por delante, escalón por escalón, medita cada vez que apoyes el pie en cada uno, tanto de subida como de bajada, cuéntalos hacia arriba y cuéntalos hacia abajo, y cuando te halles de regreso te haré una sola pregunta".

Nunca entenderé por qué cada tanto me suceden cosas como ésta. La anciana suelta levemente la manga de mi campera y sus ojos claros muy claros se clavan en los míos, esboza una sonrisa y me hace un gesto para que comience mi ascenso.

En enero las mañanas son muy frías aquí en Samarcanda, y hoy la nieve y el viento se hacen sentir con todo su rigor. Delante de mí, al finalizar la escalinata se encuentra el mausoleo del Sha Zinda, una larga galería a cielo abierto donde a derecha e izquierda se encuentran las tumbas de hombres famosos para la cultura mongola. Para el Islam, este lugar es tan sagrado, que tres peregrinaciones a este santuario equivale a un "hayy", es decir una peregrinación a La Meca. Este lugar se considera tan santo como la

mezquita de Kairuan en Túnez, o la de Medina en Arabia, o la Cúpula de la Roca en Jerusalem.

Apoyo entonces mi pie suavemente en el primer escalón mientras un leve escozor recorre mi cuerpo, miro atrás a la anciana, pero con un gesto me indica que continúe. Como con temor apoyo mi otro pie, ahora ambos están sobre el primer escalón. ¿Qué debo hacer?

La lógica me dice que es obvio que debo trepar los próximos y dejarme de rituales ajenos a mi cultura. Sin embargo, continúo como paralizado. ¿Qué quiso decir la mujer, que debía pensar?, ¿cuál es este juego que desconozco totalmente?

Y de pronto, una serie de imágenes comienzan a pasar por mi mente, algunas tan lejanas que ni siquiera sabía que estaban allí. Puedo verme en otros "juegos", desde niño hasta adulto, el ayer distante y el hoy se confunden. Algo de nieve impacta en mis ojos y me trae de nuevo aquí. Voy por entonces por el segundo escalón.

Al igual que frente al primero, apoyo mi primer pie muy suave y lentamente, luego el otro. Giro hacia atrás, pero la anciana ya no esta, y vuelve a abrirse el

arcón de mi memoria al igual que un capullo en primavera. Todo lo que aparece estaba allí adentro, no me resisto y sólo fluye.

De esta forma muy lentamente voy subiendo escalón por escalón. Sin embargo aún no llego a resolver el enigma de la anciana. Por momentos me siento como supongo que se encontraba Edipo frente al acertijo de la Esfinge, o el mismo Teseo entrando al laberinto. Sin embargo, aquí no hay desfiladero donde caer ni Minotauro, ¿o sí?

Sea como sea, continúo mi marcha hacia arriba, peldaño por peldaño, deteniéndome en cada uno no sé cuanto tiempo, de hecho a veces el tiempo no es importante.

En algunas situaciones me cuestiono si el juego de la vida no tendrá como una de sus reglas, -o de sus trampas- precisamente eso. Que para ser jugador a veces hay que trascender el tiempo, tal vez entender que éste es una dimensión fundamentalmente humana, porque al ser el hombre el único animal consciente de su muerte en general no sabe qué hacer con ese tiempo que le ha tocado vivir, y entonces frente a la angustia de que se escapa al igual que cuando

queremos retener el agua entre las manos, es cuando pensamos que debemos subir los escalones a toda velocidad, como si de esa manera venciéramos a Cronos, y se me sugiere que es allí donde debemos comenzar a subir escalón por escalón, y en cada uno mirar al dios del tiempo directamente a los ojos, tomándonos nosotros todo el tiempo del mundo en el ascenso, como diciéndole al mismo Saturno que nos hacemos dueños de nuestro propio tiempo.

De esta manera llego arriba, y comienzo a adentrarme en cada una de las estancias donde se encuentran los sarcófagos pétreos magistralmente tallados, rodeados por decoraciones de mosaicos y ladrillos esmaltados. Es increíble como en no más de doscientos metros de recorrido, uno pueda encontrar una variedad tan grande de cúpulas, todas diferentes y en la mayoría de ellas aún se puede ver los restos de los nidos de cigüeñas que todos los años volverán al mismo lugar para anidar. Dicen por aquí que donde aparecen esos nidos es donde descansa un hombre santo.

Cada vez que salgo de un interior al "pasillo", la nieve me cubre en cuestión

de segundos. Y aquí sigo, pasa el tiempo, no sé cuanto, pero ya es hora de volver, ésta es tierra de excelente té, y una tierra de maravillas. Va quedando atrás la galería de tumbas, pero ahora de nuevo me encuentro frente a la escalera, esta vez hacia abajo.

Me detengo, pienso, esta totalmente blanca, revestida de una importante capa de nieve, parece un juego pues estoy obligado a descender despacio, muy despacio ya que un desliz tendría un final poco feliz.

Primero un pie, lentamente el otro y me vuelvo a detener. Y de esta manera voy hacia abajo, mis botas por momentos parecen no apoyarse en forma segura, debo ir más lento aún. Es ridículo, no puedo pisar un escalón sin pensar, y lo paradójico es que toda mi vida he subido escaleras rápido, sorteando los escalones de dos en dos o de tres en tres. Desplazarme por escaleras siempre fue algo tan automático que jamás se me hubiera ocurrido pensar en nada y aquí y ahora pareciera que cada escalón es un examen.

Faltan ya pocos y la figura de la anciana y del ocasional traductor aparecen delante de mí. Por fin llego

frente a ellos, la mujer susurra algo al hombre y este me pregunta: "¿Cuántos escalones ha recorrido?" Mi contestación es casi automática ya que los fui contando uno por uno. Respondo la cifra, la anciana sin edad sonrío, dice algo a nuestro interlocutor y este poniéndome la mano en el hombro me dice: . . . " dice la anciana que has superado la prueba, ya puedes irte en paz".

Desde ya que quiero saber a qué prueba estaba sometido, pero no consigo contestación que me aclare nada en absoluto.

Pasaron un par de días, y en el Gur Emir, en la tumba de Tamerlan, quien fuera el nieto del famoso Genghis Kan, comento lo sucedido a un guía de turismo especializado en la cultura de estas zonas. Me mira se ríe, y me dice que a veces alguna anciana detiene a algún peregrino al comienzo de aquellas escaleras, para hacerle la pregunta de los escalones, pero que nunca logran darle la cifra de peldaños exactos.

Pregunto entonces cuál sería el significado si alguien lograra acertar el numero exacto. Se vuelve a reír y comenta: "son sólo cosas de viejas leyendas, tú me entiendes, la anciana y

quienes le precedieron sostienen que aquel que contara los escalones justos, estaría en el camino de la iluminación, . . . cosas de viejas, tú me entiendes”.

En invierno las tardes en Samarcanda son frías, muy frías, y tomar té junto a estos hombres de ojos rasgados es un ritual que uno repite varias veces al día. Parte del juego.

Hoy por la mañana volví al Sha Zinda, la anciana no estaba, de hecho no había nadie, me detuve frente al primer escalón, y comencé a subir peldaño a peldaño, muy lentamente, contando la cantidad de ellos, una vez arriba, comencé a descender, peldaño a peldaño, sin apuro, dejando que mis pensamientos se perdieran por donde quisieran, que volaran libremente en cada escalón.

Una vez abajo conté la cifra, sí, la misma cantidad que resultara la vez pasada. ¿Cuál era el juego? Parece que en el juego de la vida, algunos juegos se entienden después de jugarlos y sólo después.

La vida es en síntesis una suma de escalones que uno va recorriendo, de dos en dos, de tres en tres, por momentos tan rápido que no vemos nada. La anciana me enseñó a jugar uno de los juegos más

sutiles de la vida, el de ir por la senda estando en cada instante en la senda, de contar en la cuenta en todo momento, de vivir cada escalón.

Pasó el tiempo, pero desde entonces aprendí a transitar la vida peldaño a peldaño.

***La gente viaja para maravillarse,
ante las cumbres de las montañas,
ante las enormes olas de los mares,
ante los grandes cauces de los ríos,
ante el movimiento de los astros y
pasan ante ellos mismos sin
maravillarse***

San Agustín

SIN RED

El abismo, esa sensación de indefensión que nos atrapa frente al vacío. La duda que nos tortura ante la situación de tener que saltar sin la seguridad de que algo nos contenga, nos sujete, . . . el pánico a saltar sin red.

Al igual que el equilibrista del circo, allá arriba, a metros del piso se desliza apoyando suavemente sus pies, uno tras otro en el delgado cable que lo sostiene, sin red por debajo, me parece que así es el juego de la vida en la mayoría de sus situaciones. De hecho, la vida es sin red.

Es tal vez por eso que vivimos inventando seguridades, la mayoría falsas y estúpidas, para de esa forma hacer nuestra existencia más "segura y predecible". De esta forma nos hacemos dueños de todo, la casa, el trabajo, la familia, . . . el terrenito donde seremos enterrados. Compramos todo aquello que nos vuelve seguros, dejamos casi todas las energías que poseemos en detentar poder, sobre todo y sobre todos, nos forjamos una imagen lo suficientemente férrea y así nos vamos recubriendo de redes, tantas que terminamos asfixiados

en ellas al igual que terminan sus vidas los peces en las redes de los pescadores.

La seguridad, se me sugiere similar a aquellas grandes murallas que otrora levantaron nuestros antepasados para vivir más seguros intramuros, protegido de los ataques de los bárbaros -los de afuera-, para morir de hambre dentro de la contención de los muros de los castillos. Mientras tanto aquel bárbaro vivía libre, día a día, sin red.

El hombre corre, tropieza y cae, cree sentarse en una silla sólida y cae rodando al suelo, moja su pluma en un tintero y la saca llena de barro, pero sigue haciendo lo mismo minuto a minuto, como plantea Bergson, reemplaza la vida por un movimiento involuntario y mecánico. La vida es transformación constante, tensión y elasticidad, sin detención y no se repite jamás y lo mecánico es rigidez, repetición, actitud adormecida. De allí que el equilibrista sin red, es un jugador de la vida, ágil, flexible, despierto y fundamentalmente lo que lo caracteriza es que no mira hacia abajo, de hecho eso carece de sentido para él, sabe que no hay red, sabe que el camino es para adelante y es allí donde fija su vista, pues el camino siempre es para adelante.

No obstante no puedo dejar de mirar, aunque sea de reojo hacia abajo; varias docenas de metros de desfiladero rocoso y un río correntoso delimitan el paisaje por debajo de mí. Hacia delante un más que rústico puente colgante construido absolutamente con materiales vegetales y de no más de sesenta centímetros de paso. Como si fuera poco el viento siempre reinante por estos lados lo hacen pendular como para ponerle los pelos de punta a cualquier extranjero.

Pero esto de andar a veces al estilo Indiana Jones por el mundo, lo colocan a uno frente a situaciones en las que se debe atravesar abismos sin red. Una metáfora más del juego de la vida. Por otro lado, al menos que uno decida vivir el resto del tiempo que le quede en un termo cinco estrellas, la vida siempre te coloca en situaciones en las que no se puede negociar: o se salta aun sin red, o se muere mirando el otro extremo por siempre.

Pocos lugares del planeta pudieron soportar los ataques del mundo exterior con la modernidad y la despersonalización que ésta trae aparejada, aún las culturas más cerradas sufren tarde o temprano este

embate. Sin embargo, Nepal, la tierra de Shangri La, supo defenderse a sí misma y sólo sufrió alteraciones de tipo superficial. Su núcleo cultural, social y espiritual continúa inalterado.

Y aquí me encuentro camino al Everest, frente a este inestable puentecillo de sogas, por donde generaciones de sherpas y gurkas han pasado. Decía Hamlet: “. . . palabras, palabras, es todo lo que tenemos, incluso los sentimientos se hacen palabras”. No obstante ahora, al poner el primer pie sobre este puente las palabras se bloquean. Desde el otro extremo, mi guía quien cruzo primero me hace señas de que continúe.

Y allí voy. Durante siglos el pensamiento occidental permaneció fiel a la enunciación de los primeros filósofos que sostenían que la realidad se da a los sentidos como un caos, como un conjunto de entes contradictorios, como un enorme sinsentido. Pero ésta realidad, es la mera apariencia de un orden que escapa a los sentidos, de un sabio equilibrio. La realidad pues, el cosmos, a diferencia del caos, es una estructura organizada, perfecta, jerarquizada que

hay que descubrir tras la engañosa máscara de las apariencias.

Como plantean aquí los budistas, debemos aprehender la realidad prescindiendo del tamiz de la razón, y librándonos del perjuicio humanista que concibe al hombre como punto crucial donde converge todo el universo. Si se logra interrumpir, aunque sea de a ratos el comercio con la realidad racional, el hombre de pronto se encuentra instalado participando en el mundo del juego de los dioses.

Miro hacia delante y aunque se que no debo, no puedo dejar de mirar hacia atrás, - viejo y maldito vicio - estoy en la mitad, y cometo el error fatal, miro hacia abajo. Parece que estuviera ante mí las entrañas de la tierra, apasionante pero aterrador. Y es entonces cuando la duda y todas las dudas comienzan su juego macabro. De pronto el jugador que se encontraba cruzando un puente aun mas allá de sus miedos, se transforma en un juguete solo por las dudas. El futuro es obvio, levanto la cabeza y sigo hacia delante o la nada. Un grito del guía me trae a la realidad y su entusiasmo me lleva a continuar.

Ahora parece mas fácil, los últimos metros resultan tan simples como caminar por la más firme de las tierras. Llego y me siento casi en el borde del precipicio a beber agua. El guía hace lo propio, posa su mano sobre mi hombro y dice: "Has visto lo fácil que fue". Nos reímos y le pido unos minutos antes de continuar. Quiero seguir mirando hacia abajo. La vista es realmente impresionante, de hecho ahora puedo ver detalles que desde el puente me eran imperceptibles. Pero fundamentalmente observo el puente, realmente hay que estar loco para cruzar por allí, pero si no lo cruzaba jamás llegaría al Everest. Nuevamente el juego de la vida: "quieres ir más alto, pues debes cruzar sin red".

Cargo mi mochila y continuamos el camino, pregunto si hay más puentes como éste por delante, mi amigo sherpa se sonríe y aclara: "como este, no . . .". ¿Qué habrá querido decir?

El juego de la vida está colmado de abismos donde se debe saltar sin red, donde la seguridad es sólo quimeras, donde el atravesar débiles puentes colgantes por los cuales sólo se puede pasar de a uno a la vez es lo común.

La pregunta es: ¿qué hacer?, esperar tener todas las variables dominadas, contar con toda la seguridad, lo cual puede que nunca llegue, o convertirse en jugador de la vida y "saltar", porque estamos convencidos que lo que nos espera del otro lado vale la pena.

Imaginemos que frente a las cosas importantes de la vida, pero las importantes, como el amor, uno se quedara esperando eternamente tener todas las seguridades, mirando hacia abajo y hacia atrás, ¿qué se supone que sucedería?. Tal vez el puente no soportaría por siempre un peso en su mitad, y por consiguiente, por pánico a ese saltar sin red, uno perdería el que hubiera sido el camino hacia lo más alto. Hubiera perdido el juego, pero aún antes de jugar.

Recorrimos algunos kilómetros, desde más arriba aún puedo distinguir el delgado puente, allí abajo, un sutil cordón umbilical que me permitió ascender más arriba. Sólo había que atravesarlo, sólo había que saltar sin red.

DE LA ILUSIÓN

Casi mediodía y mucho calor. Excepto el turquesa del cielo y el dorado del sol todo a mi alrededor es de color blanco, demasiado blanco, tanto que sin mis anteojos oscuros sería casi imposible sostener la mirada.

Hace pocos minutos que detuve mi jeep en la carretera pues no me anime a correrme de ella ni unos pocos centímetros. Trato de probar el agua que corre junto a la ruta cual arroyo cristalino. Ajj!! Imposible y entonces busco la manera de lavar mi boca: sal, pura sal. Por suerte mi cargamento de agua potable es importante.

Aquí a mi alrededor y por varios kilómetros cuadrados no hay prácticamente vida. El lugar, Chott el Jeddi, una salina infinita donde todo lo que piso o alcanzo a ver es sal, sólo sal. ¿Porqué me detuve aquí entonces?

La respuesta era muy simple: por el magnífico oasis que se encontraba allí, o al menos eso parecía. Al amanecer tomé esta única ruta que conduce a Chebika, lo que fuera otrora el último bastión romano en época del imperio aquí en

Túnez, y decidí hacer esta parada para gozar de la calma de un oasis. Con lo cual detuve mi vehículo y dificultosamente comencé a caminar sobre este manto de sal hacia mi objetivo, pero a los pocos pasos éste ya no estaba allí, pero había otro grupo de palmeras más allá. Entonces fui hacia allá, pero antes de llegar, ya habían desaparecido.

Los habitantes de Matmata me habían advertido la noche anterior de los efectos de espejismos de los Chotts, estos grandes lagos desecados transformados en salinas. Desde ya que conocía por demás desde la razón la existencia de estos lugares y los conceptos de reflexión que producen los espejismos, de hecho es muy simple entender porqué suceden.

Pero ahora, lejos de los claustros académicos y sin intenciones de intelectualizar absolutamente nada, el tema pasa porque mi oasis ha desaparecido, simplemente ya no está.

Si me hubiera alejado más y hubiera perdido la referencia del jeep, me encontraría en un serio problema, ya que orientarse en estos lados es algo sumamente dificultoso. Ya me habían comentado los beduinos sobre cadáveres que se encontraban por aquí, pues como

en otras situaciones de la vida, a veces perderse es simplemente la muerte.

El reflejo del sol sobre la superficie de la salina produce una sensación de mucho calor, de una sed infinita, no obstante me siento en este lugar sobre un manto de sal, un excelente lugar para pensar.

La ilusión, aún bajo esta gran luz puede ser mortal, la ilusión es la no verdad y puede que sea tal vez una de las peores representaciones de Tanatos. Los espejismos son engañosos, ¿quién puede pensar en ocultamientos bajo tanta luz? No obstante tanta luz puede conducir a una gran trampa, de hecho si la luz me ciega ¿qué diferencia puede haber con caminar por las sombras? De hecho mi visión en ambos casos es nula o en el mejor de los casos limitada o deformada, ¿qué puedo hacer?.

Ya mis oasis no están allí. Los puede ver aún con mis anteojos de sol, pero al acercarme se diluyeron, ¿y entonces? ¿estoy acaso condenado a la ceguera tanto por exceso como por defecto de luz?

Ahora comienzo a entender en aquellas ocasiones, en otros lugares lejos del desierto, cuando trataban de explicarme sobre la importancia de abrir mi visión

interior, ver más allá de lo aparente, tal vez comenzar a funcionar con mi tercer ojo.

siendo la consecuencia de tal conducta una ignorancia profunda, que sin más es la génesis de todo sufrimiento, de todo dolor. La meta será pues, superar esta ignorancia, trascender sin más la ilusión.

Y esto implica la búsqueda de lo absoluto pero no ya a través del intelecto puro, sino por el camino del sentimiento. Pues cuando sólo a través de la estrechez de la razón y la lógica occidental tratamos de captar lo sustancial de la vida, simplemente fracasamos.

La máscara es sin más, continuar dentro de las sombras, en algunos casos aun bajo un sol incandescente. Mientras el hombre lleve puesta su máscara no tiene posibilidad de cambiar y lo terrible es que él mismo, se convierte en una ilusión, en su propio espejismo. Como plantea Rollo May, sólo la verdad que es experimentada tiene el poder de cambiar al hombre. Y verdad y máscara son incompatibles, son una trampa mortal, una prisión eterna.

El budismo sostiene que la libertad en sí es una ilusión, una quimera, pero la

liberación es todo un acto, todo un programa.

Calor, mucho calor. No obstante debo seguir aquí sentado. Si me incorporo y sigo caminando como hasta aquí ¿quién me asegura que no viviré eternamente siguiendo espejismos? Debo entender, o mejor aún, sentir, que puedo superar a la ilusión.

Recuerdo una experiencia que le sucedió a un príncipe hace dos mil quinientos años, lejos de aquí, a las orillas del río Nainranjara, al norte de la India. Este monarca había dejado su palacio y toda la vida de realeza para transformarse en un mendigo, al menos a la vista de la mayoría de los mortales. Un día tomó una tela que cubría el cadáver de una mujer y con ella hizo una túnica que sería su única vestimenta. En la ciudad de Gaya, decidió descansar y meditar bajo la sombra de un árbol. Casi una escena de relax, de no ser porque estaba a la espera de la peor de las batallas que debería luchar. Como hijo de un rey que era, su formación en el arte de la espada, el escudo y la arquería era excelente, sin duda el mejor guerrero del reino. No obstante, esta vez la lucha era sin armas, sin socios, como muchas

veces en la vida las peores batallas se enfrentan solo.

Su rival, Mara, el más temible de los demonios, el maestro de la corrupción, del mal, el dos de los mundos inferiores. Su peor y más letal arma, la ilusión.

Frente a un hombre decidido a romper la cadena del Samsara, el ciclo de la eterna reencarnación, Mara debía movilizar a todas sus fuerzas, todos sus ejércitos, a todas sus ilusiones.

Buda, al igual que el Fausto, debía ahora enfrentarse al peor enemigo, al demonio más atroz que habita dentro de cada humano, y de esta manera comienza la lucha. Mara lanza sus tropas de demonios, pero el Buda los transforma en pétalos de flores con los cuales adorna el árbol de la inteligencia. El dios de las tinieblas continúa entonces acosando con todos los dardos: la duda, el dolor, los recuerdos, pero todo es rechazado.

Entonces Mara juega su última carta, la que nunca había fracasado. En un acto terrible, el demonio manda entonces a sus tres hijas, el deseo, la ternura y la voluptuosidad. La arremetida fue tremenda, pero la fuerza de Siddharta es mayor y las musas del mal se retiran vencidas.

El Buda pudo superar la ilusión alcanzando entonces la iluminación, que es lo único que realmente modifica la vida del hombre, pues como han transmitido los Sutras, el origen del sufrimiento es la ignorancia y en la ilusión descansa ella.

Al igual que el batallador de la Iliada, la cuestión es no ceder al canto de las sirenas, pues de ser así, el final es naufragar destrozando la nave contra las rocas.

La vida es unitaria, pero lo curioso es que también a veces tiene un efecto de luz discontinua y al igual que aquellos oasis que se esfumaron, las construcciones del pensamiento creadas bajo los efectos de la ilusión, del error, también se esfuman.

Calor, más calor aún, lentamente me incorporo, me pongo de pie y miro a mi alrededor. Sólo salina, ya no hay oasis, ya no hay espejismos. Vuelvo al jeep y comienzo la marcha. Pasaron pocos minutos y allí a la derecha otro grupo de palmeras ¿otra ilusión? ¿cómo saberlo?

Recuerdo aquello del príncipe mendigo hace más de dos milenios. Frente a Mara la batalla debía librarse con los ojos cerrados, debo poder ver sin mis ojos. Me esfuerzo, se desdibuja la imagen, pero de

a poco toma nitidez. No sé porqué, pero aún con los ojos cerrados algo dentro de mí dice que es real, que no es un espejismo, que no es una ilusión, que allí hay sombra, agua, paz.

No hay duda, debo ir. Desciendo del vehículo y simplemente voy. Pero me acecha la duda ¿y si fuera igual que los espejismos anteriores? La frustración y el dolor serían esta vez mayores, tal vez casi insoportables.

Me acerco pese a todo más y más, ya casi puedo tocar y . . . no se desvanece, es real, ya puedo beber y descansar, aún en medio de un desierto de sal. Mi intuición no falló, pude trascender la ilusión. Voy aprehendiendo a ver mas allá de mis ojos. Tal vez ese sea el primer gran paso para embarcarse en cualquier gran peregrinación.

Entregarse más allá de la ilusión, con los ojos cerrados pero con el alma abierta, parece un buen camino para encontrar agua y sombra en cualquier desierto, en los de sal, los de arena, y en todos los demás. Vencer a Mara, para superar a Maya, en síntesis para vencerse a uno mismo, sin más, la meca del peregrino.

AMANECER EN KHAJURAJO

El hombre siempre ha planteado la ecuación entre la aceptación del cuerpo a costa del alma, o la negación de la carne por la salvación del espíritu. Y todo aquel que ha tenido posibilidad de peregrinar por el mundo y por la vida, seguramente coincidirá conmigo en que esta ecuación se cumple en un porcentaje enorme dentro de la raza humana.

De hecho, la historia de la humanidad está colmada de siglos y siglos donde los hombres perdían sus bienes –según las creencias- o terminaban en alguna mazmorra o patíbulo ofreciendo su vida en pos de recuperar el alma perdida.

Amanece y unos colosos de piedra que ascienden en forma piramidal aparecen poco a poco ante mí. Como si fuera el punto más elevado del *horror vacui*, todas las superficies de los muros de los edificios que me rodean están profusamente esculpidos. Si es cierto que los demonios se refugian en los lugares sin trabajar, como es la creencia del horror al vacío que se arrastra desde los

tiempos neolíticos, pues aquí todos los hijos de Lucifer no tienen la menor posibilidad de cabida. Todo, cada centímetro, fue torneado por la mano de algún artista, de hecho, de los mejores que vio la humanidad.

Me encuentro frente a los templos del amor como algunos poetas los han nombrado. Este lugar es un pequeño oasis a cientos de kilómetros de la civilización en el interior de la India central, donde hasta no hace mucho tiempo el tigre y el elefante conservaban sus dominios.

Khajurajo es conocido por sus templos, construidos en poco más de cien años, entre los siglos X y XII. Nos han llegado veinte de los ochenta y cinco templos dedicados a Shiva o Vishnu, obras maestras de la arquitectura y la escultura, donde aún hoy no se explica la presencia de las escenas sexuales más gráficas que la humanidad haya conocido jamás.

Para algunos, estos templos fueron erigidos para conmemorar la boda del dios Shiva con su consorte Parvati. Shiva, parte de la trinidad hindú, es el dios de la destrucción y por lo tanto también fuente de la regeneración, de allí la adoración al

falo, culto tan extendido por toda la India. La unión de Shiva con su mujer se concibe como la base de la energía cósmica, una posible explicación para la presencia de figuras eróticas en las paredes de los templos.

Para otros estudiosos del tema, el tantrismo, corriente filosófica que cobró fuerza entre los siglos IX y XII, puede haber dado la respuesta al enigma. El tantrismo en su forma más elemental, al igual que el hinduismo, cree en un constante proceso de creación, conservación y transformación del universo, donde el origen de todo está en la unión de conciencia -principio masculino- y la energía -principio femenino-, de esta forma el acto sexual constituye la unión de las fuerzas, teoría que encontró en la India medieval gran aceptación y se practicó como culto.

Para otros, los "mithuns", nombre con que se clasifica a las parejas o grupos eróticos, fueron el resultado del péndulo que osciló hacia el otro extremo después de las prohibiciones de los placeres terrenales indicados en el pensamiento hindú y hasta en el budismo.

De hecho, el occidente cristiano tiene una larga historia con respecto a este tipo de

prohibiciones, y los anales están colmados de sacrificios humanos por desafiar las normas vigentes.

Pero más allá, e independientemente de los análisis, los comentarios que despierta Khajurajo por su comportamiento erótico, tiene razones más que justificadas. De hecho, ninguna otra colección de arte utilizó la metáfora corporal con tanta fuerza. Los paramentos de los templos, esculpidos hasta lo más profundo, son una masa latente de vida, de juventud y belleza. En este santuario de amantes divinos y humanos, el erotismo es descarado y franco, inquietante y purificador, algo así como un amor sancionado por los dioses. Las formas femeninas están perfectamente representadas, pero recordemos que a diferencia de la mayoría de otras regiones del planeta, la mujer siempre fue mostrada en toda su plenitud en el arte indio.

Los mithuns, fueron considerados en el sub-continente como símbolos que protegían del mal y hacían al edificio y a quienes se encontraran en él, inmunes a la destrucción.

Cuando las invasiones griegas, de la mano de Alejandro, el culto en templos

casi no existía en la India. El hinduismo era más filosófico que ritual. La institución del templo como lugar de oración y peregrinación se debe en gran medida a la expansión del budismo entre el siglo I y IV, cuando los sacerdotes brahmanes decidieron ponerse a la altura de los rituales con muestras más impresionantes. Y fue en este proceso de reorientación cuando el hinduismo adoptó el templo, resultando Khajuraho uno de los puntos más altos de esta evolución.

El templo – o mejor dicho el conjunto de ellos- se transforma en destino de las peregrinaciones ya que está hecho a imagen de los Himalayas, del monte Kailash, la morada de Shiva. Incluso hay inscripciones que describen las espirales de los templos como rivales de las cumbres más altas del mundo.

Pero volvamos por un instante al tantrismo, ya que esta parte del planeta es su cuna. Antes del tantrismo el enfoque espiritual y las creencias religiosas en la India eran las de los brahmanes quienes tenían como lengua oficial el sánscrito y su teología giraba en torno al concepto abstracto de brahman, el “absoluto”. Debajo de ellos estaban los

reinos celestiales poblados de deidades, en la mayoría de sexo masculino.

Las diosas de la primera era védica de la civilización del Indo habían sido destronadas por dioses masculinos como Shiva, Visnu o Krishna. Pero el tantrismo volvió nuevamente respetable a la diosa. De alguna manera el tantrismo es el triunfo de las creencias más antiguas de la India, abriendo las puertas a deidades antropomórficas femeninas como Kali, Durga, Parvati, Lakshmi, entre otras tantas.

Para los practicantes del tantrismo la Diosa es más accesible que el remoto principio masculino. El tantrismo celebra la divinidad *en* y *de* cada ser y de cada cosa, por lo tanto, los adeptos al mismo no rehuyen las prácticas y los métodos que parecen extraños y hasta degradados en contextos espirituales diferentes. Una síntesis, aunque demasiado simplista, sería de que todo está permitido siempre que conduzca a la realización de la presencia de lo divino.

De allí que algunas escuelas del tantrismo hagan uso del sexo ritualista, lo que se conoce con el nombre de maithuna.

Es importante distinguir entre dos formas fundamentales de tantrismo, el camino de la mano izquierda, *vama-marga* y el de la mano derecha, *dahshima-marga*. Es precisamente el primero el que atrajo la atención de occidente pues se tomó en forma literal el ritual básico de la unión sexual. El de la mano derecha por el contrario, se entiende puramente en términos simbólicos, algo así como los místicos medievales de Europa.

Es importante recordar que desde sus principios el tantrismo fue una enseñanza esotérica, transmitida de maestro a discípulo. Si bien este movimiento filosófico surgió en el momento en que San Agustín escribía sus Confesiones en el norte de Africa, sus raíces son mucho más antiguas, tanto que podemos encontrar continuidad desde el 1800 A.C., es decir, desde la antiquísima civilización del Indo y su veneración a la Diosa.

Continúo recorriendo cada uno de los templos, llevará sin dudas días, pero en cada paso, la metáfora corporal se impone más y más. Realmente la búsqueda de aquello superior puede realizarse por mil caminos, y pareciera que todos pueden ser válidos y que serán

las contingencias tempo-espaciales las que permitirán tomar aquellos disímiles caminos, desde el ascetismo puro hasta la mano izquierda del tantrismo. Los juicios, como en la mayoría de los casos están de más, de hecho nuestra ignorancia profunda no nos habilita a poder formularlos.

Pasaron horas, anochece en Khajuraju, no hay dudas aquí Eros ha vencido a Tanatos.

LA DIOSA VIVIENTE

Detrás de un antiguo templo con forma de pagoda en la plaza del Durbar, en Katmandú, se halla un viejo edificio con ventanas, puertas y dinteles profusamente tallados. Parado frente a él me pregunte como podía ser que mi imaginación pudiera estar tan errada al tratar de visualizar la morada de una divinidad. Pero cuando uno anda peregrinando por el mundo, es común reconocer cuantas veces se esta parado en un error.

El día había comenzado ayer por la mañana a escasos kilómetros de Benares, en una pequeña aldea donde el BUDA dio su primer sermón hace dos mil quinientos años bajo el árbol del bodi. Desde entonces, este lugar, Sarnath, es uno de los mas sagrados santuarios del budismo, al cual acuden devotos de todos los rincones de la Tierra.

Después de la muerte de su fundador – quien excluyo a Dios y a la divinidad de su sistema- el budismo continuo expandiéndose serena e inexorablemente por toda esta zona de la llanura gangeatica, pero no fue sino con el gran

emperador Ashoka en el siglo III ac., que esta doctrina llegó al punto más alto de propagación, cuando el rey guerrero renunció a la violencia y aceptó el credo pacifista budista.

En Sarnath se conservan muchos monumentos construidos por orden de Ashoka, como el gran stupa que conmemora el lugar del sermón inicial. El monumento es realmente colosal, pudiéndose asemejar a un zigurat, mas su única función es la de señalar el lugar santo.

El día transcurría en forma normal, hasta que al comenzar el crepúsculo se sentía que algo parecía salirse de las ceremonias diarias, de la tradición cotidiana.

De repente me encontré caminando entre cientos de monjes enfundados en sus túnicas color azafrán, que inclinaban sus cabezas rapadas saludando, buscando un lugar donde sentarse. En pocos minutos, alrededor de la gran stupa, una cantidad imposible de calcular de monjes, comenzaron a orar arrodillados en círculos concéntricos, inclinándose e irguiéndose como en trance, al tiempo que los últimos rayos del sol eran reemplazados por la vacilante

luz de pequeños cirios que cada orante tenía frente de sí.

No entendía que sucedía, pero era mas que obvio que no se trataba de una oración más. Repentinamente, alguien de la multitud logró explicarme: estaba teniendo lugar la consagración de un Lama, que contaba en ese momento con ocho años de edad. El pequeño había probado ser la reencarnación de un maestro muerto años atrás, para lo cual tuvo que reconocer los objetos usados por el difunto en su vida anterior, frente a sus discípulos y maestros. Ahora el nuevo Lama esta aquí, es el momento del reencuentro.

Miles de velas continúan encendiéndose y el olor a incienso invade todo el santuario, mi mente y mi alma. Ya había anochecido y el espectáculo era cada vez mas impresionante, cánticos y oraciones se sumaban. Sarnath, la que había florecido hasta el advenimiento del Islam y que comenzó su decadencia en el siglo XVII con los británicos, parecía resurgir de cada una de sus ruinas.

Y de esta forma dejándome llevar por las contingencias, pase horas en ese lugar, mirando a una casi divinidad de escasos ocho años de edad.

Hoy el vuelo a Katmandú decolo temprano, apenas demore minutos en llegar al hotel, dejar mi equipaje, y como contaba al principio, ahora me encuentro frente a la morada de una divinidad.

Debo agacharme para pasar por la pequeña puerta de acceso y encontrarme en un patio rodeado de ventanas abiertas.

Junto a Surendra, mi guía y traductor, hemos llegado al Kumari Bajal, la residencia de la diosa viviente. Parecía que hacia horas que habíamos abandonado las ruidosas calles, aquí todo es silencio.

Callados, descalzos y sentados sobre el frío piso, miramos una ventana por donde se nos indico que a pedido de mi acompañante tal vez se asomaría la Kumari.

Pasa el tiempo, no se cuanto y mis piernas comienzan a entumecerse, hasta que por fin se asoma solo unos segundos y nos mira con su carita seria. A su lado podemos ver a su madre, luego sin expresión alguna desaparece. Nos quedamos sentados bajo su ventana y no puedo evitar pensar en esa niña.

La Kumari tendrá ocho o nueve años, nacida en el seno de una familia budista perteneciente al gremio de los orfebres, se

crea que es una reencarnación de la diosa Kali. La Kumari no sonríe, no juega, no se la puede fotografiar y poquísimas veces se la puede ver. Luego de pasar distintas pruebas y una vez investida de su condición divina, vive en reclusión en este edificio.

Extraña suerte la de esta diocesis, que no puede tocar el piso, ni correr, ni llorar. Sale de su casa solo para el festival de Indra, cuando el rey, considerado como una encarnación del dios Vishnu, recibe sus bendiciones.

La Kumari solo será diosa hasta los primeros síntomas de su condición humana ineludibles, siendo lo más común hasta que sangre, por lo cual habitualmente con su primer período menstrual será reemplazada por una nueva Kumari para reiniciar el ciclo.

Nos volvemos a calzar y a inclinarnos bajo el dintel de entrada. Dejamos el santuario y volvemos a las calles de Katmandú, calles que tal vez la Kumari no pueda recorrer hasta dentro de varios años. El estado nepalí asigna una pensión a la ex - Kumari para que pueda sostenerse hasta su muerte. Por una extraña vuelta del destino, los hombres no querrán casarse con ella pues la

proximidad con quien fuera una diosa solo podría atraer a la fortuna adversa.

Peregrinar a veces nos coloca en menos de veinticuatro horas frente a dos deidades, cosas del destino, de la peregrinación. Nuevamente pienso que no es demasiado importante que religión se abraze, ni siquiera si se es o no creyente. La realidad se impone por si misma.

DE LA MUERTE

Al peregrinar buscando situaciones trascendentes, es casi imposible no plantearse el gran enigma de la muerte, de ello, tal vez la peregrinación tiene en parte como propósito encontrar respuesta al lado absurdo de la parca.

El problema es morir. Con la muerte, tal vez se anula el ego y las vinculaciones con el mundo. La civilización occidental (¿porqué no llamarla fáustica?) , por esencia carece de enseñanza para la muerte y por consiguiente, pone todo su énfasis existencial y su fuerza de voluntad en factores materiales de uso e inmediatez. Todo aquí y ahora. La muerte resulta casi extemporánea, como la vejez, la enfermedad, la pobreza, el sufrimiento, en síntesis, aquello que se aleje de la fuente de la juventud eterna, del consumo y del poder terrenal. La inexorabilidad de la muerte, no lleva a integrarla a la vida como elemento fundamental. Siempre resulta una ruptura sorpresiva, casi inesperada, sin pensar en ella.

El problema es morir. Occidente teme más al morir que a la misma muerte. El

problema es precisar el punto de pasaje del morir a la muerte.

Lo terrible es el trance de estar muriendo, el miedo a la vacuidad, a la nada, a la no existencia del *self*. Se carece de técnicas para morir, toda nuestra cultura está sostenida sobre el apego y el acondicionamiento a la vida; acabado el morir se produce el punto de pasaje, . . . el ser se abolió, simplemente es la muerte.

En la sociedad religiosa y espiritualista de oriente, la muerte importa más que el morir, por cuanto es el resultado. Las grandes culturas no occidentales, consideran al morir como una preparación para la muerte y su continuidad en el más allá. Jamás conciben la muerte como extinción total, como la disolución en la nada, como el final. Esta postura parecería al oriental simplemente un absurdo, un sin sentido de la vida misma.

El ateísmo es fundamentalmente un producto occidental, resultado del culto a la razón, la lógica discursiva, la ciencia experimental y la voluntad de poder por todo y fundamentalmente sobre todo. De allí el desvalimiento y la gran desposesión actual.

El morir mereció a partir de ciertos desarrollos metafísicos, atención preferencial, siendo el cenit de ello posiblemente, el Libro de los Muertos de los antiguos egipcios y el famoso Bardo Thodol de los tibetanos. Estos entre otros tratados religiosos y esotéricos, ofrecen técnicas y ayuda para la agonía que van desde formulaciones rituales hasta prácticas físicas, mentales y uso de talismanes.

El problema es morir. Pero supongamos que ya sucedió, Anubis el dios cabeza de chacal toma el corazón del difunto y lo coloca en uno de los platillos de la balanza del juicio, mientras en el otro, una ligera pluma hace de contrapeso. Thot, el dios cabeza de ibis, el escriba, contempla sin gestos la escena esperando que ambos platillos estén en equilibrio. De no ser así, si el corazón por efecto de los pecados del difunto inclinara la balanza hacia su lado, Sobek, el cocodrilo, deidad de los mundos subterráneos, lo devoraría, perdiéndose de esta forma el alma en la nada eterna, en el vacío total. Por el contrario, si el peso del corazón fuera tan liviano como la pluma por su pureza, el espíritu del

muerto ascenderá a la barca solar para continuar viviendo por siempre jamás.

Y tal vez el juicio, no ya el de los dioses, sino el propio, el de uno mismo antes de llegar a la muerte será el más terrible, tal vez de allí parte el miedo a morir, a enfrentarse cara a cara con el irreversible juicio final, sin máscaras, sin armas, despojado de todo para poder abordar la barca de Caronte.

En nuestra sociedad son muy pocos los que se dedican a reflexionar sobre la muerte y por consiguiente cuánto implica esto para la vida. En lo racional sabemos que algún día moriremos, de hecho es lo único que podemos estar seguros desde el mismo momento en que nacemos, pero desde lo emocional, sólo lo negamos, como si bien supiéramos algo pero lo negamos, no lo aceptamos.

La historia de la humanidad nos muestra que la mayoría de las culturas han integrado la muerte a la vida y por demás de manera benéfica. Los mitos y ritos a través de milenios, nos cuentan sobre esta integración en la vida cotidiana en vez de evadirla. Quizás porque nuestros ancestros vinculaban a la muerte con lo sagrado, pero hoy la muerte nos pone

nerviosos, lo sagrado se convirtió en molesto.

Nuestra cultura generó el delirio de la inmortalidad y de esta manera nos oculta la muerte para perpetuar el triunfo del tener sobre el ser. Pero la muerte es parte de la vida, porque todo lo que adquiere forma acaba por disolverse y todo lo que comienza debe terminar y mientras no nos reconciliemos con estas verdades jamás tendremos verdadera paz.

Dijo el juglar: “. . . haz de tu mortalidad una aliada”. Pensar en la muerte con seriedad, puede provocar al hombre cambios significativos, como ser replantearse “cosas que nos parecen importantes e imprescindibles”, tan necesarias como todas aquellas que pierden su valor o significado al poco tiempo de haberlas adquirido.

Cuentan que un día en un templo, un viejo maestro budista dio una lección sobre lo importante. Tomo un pequeño vaso y explico que para el, ese vaso era muy bello. De hecho contenía agua, reflejaba la luz cuando se lo ponía al sol y resonaba de un modo muy bonito cuando se le daba un pequeño golpe. Pero en realidad, el vaso le parecía aún más bello, porque ya estaba roto. El hecho de que en

algún momento estuviera destinado a romperse convirtiéndose en pedazos, era precisamente lo que lo hacía tan digno de respeto, aprecio y belleza.

Me pregunto ¿qué sucedería si comenzáramos a aplicar este punto de vista? ¿No estamos acaso nosotros destinados a rompernos como el vaso?. Si reflexionáramos al respecto, tal vez minimizaríamos al menos esas interminables ansiedades por conseguir más de esto o de aquello. Ya no trataríamos de arreglar todo y a todos, pues comprenderíamos que es imposible fijar nada de manera definitiva y eterna.

De esta manera, calmadas muchas ansiedades, dispondríamos de mas energías para aprovechar mejor esta vida, mientras tengamos la posibilidad de hacerlo. En síntesis, se trata de peregrinar más liviano.

Como planteaba anteriormente, hoy, ser es tener. Recuerdo un viejo slogan de los ochenta: “. . . gana el que tenga más juguetes a la hora de morir”. Realmente patético, pero no por eso irreal.

Compramos una casa y la llenamos de cosas. Como tenemos tantas cosas debemos tener una casa más grande para a la vez seguir adquiriendo cosas.

Salimos entonces de vacaciones, nos obsesionamos por la cosas que podemos llevar. Compramos entonces y cargamos grandes valijas y baúles y así seguimos cargando cuanto cosa podamos, pues eso nos hace mejores, triunfalistas y fundamentalmente inmortales.

Desde ya que no reniego a consumir cosas y no hay nada de malo en disfrutar, me encanta que en cualquier momento o lugar mi reloj marque la hora exacta, pero donde vaya una vez subido a la barca de Caronte, mi Rólex no vendrá conmigo.

Es una ironía que tanta gente utilice la adquisición como manera de contrarrestar a la muerte.

Sí, el problema es morir. Debiéramos pensar seriamente si hay algo que en realidad nos pertenezca y si llegamos a aceptar que no poseemos casi nada, comprenderemos que es poco lo que podemos perder y de esta forma quizás podemos empezar a dar más.

Intentamos sostener todo para el porvenir, pensamos entonces en disponer ese todo para un tiempo al que no estamos seguros de llegar. Y mientras tanto el presente se nos escapa como el agua entre los dedos, y queremos conservarlo apretando más y más los

dedos, pero aún así se deshace. Pareciera que sólo tenemos lo que ha sido, parafraseando a Borges: “. . . sólo es nuestro lo que hemos perdido”. Pero también tenemos un futuro e independientemente del concepto que tengamos de él y del tiempo que dure, podemos hacerlo diferente.

Es cierto que el tiempo todo lo diluye y precisamente desde la profundidad de esa angustia es que sólo el amor puede ser el vehículo de salvación, de dar sentido a la existencia.

A la muerte no se la comprende, sólo se aprende a aceptarla. ¿Cuál es el animal que camina a la mañana en cuatro patas, al mediodía en dos y en el ocaso en tres? Para Edipo era obvio, el hombre. El milenario enigma de la esfinge, es la imagen misma de la vida a través del tiempo. Pero cuando el hombre ha aceptado sin miedo el enigma, la muerte ya no tiene poder sobre él y la maldición se extingue. Dominar el miedo a las parcas es sinónimo de recuperar el goce de la vida, pues es cuando se experimenta la afirmación de la vida, cuando uno ha aceptado la muerte y todas las muertes, no como algo contrario u opuesto a la vida, sino como un aspecto

más de ella, es allí cuando el hombre se libera.

Y de eso se trata peregrinar, de ir en busca de la liberación, lo cual es todo un acto. El problema es morir, la vida en su devenir siempre está produciendo muerte y dominar el miedo a ella, fuere cual fuera su rostro, es adquirir el valor de la vida.

Sí, el problema es morir.

DEL YO

Hacía tiempo que no me encontraba por estas tierras. Alguna vez fue una deuda conmigo mismo estar sentado en este lugar y por suerte ha quedado ya saldada hace años, pero por esas cosas de la vida vuelvo una y otra vez y aquí estoy.

Borobudur es una de esas maravillas que ha erigido el hombre a lo largo de la historia, aquí en el calor por momentos insoportable de la isla de Java, muy cerca del famoso Krakatoa. En este templo descomunal que según cuenta la leyenda era originariamente una flor de loto flotando en un gran lago, el loto del cual naciera Buda, aquí descalzo y liviano de equipaje me relajo en la mas alta de las terrazas.

Para los budistas, el recorrido de cada una de estas terrazas hacia la superior, simboliza haber alcanzado un escalón más hacia la búsqueda de la verdad. De allí que la parte superior corresponde a la liberación, es decir, donde el hombre queda liberado del mundo fenomenológico, venciendo a la ilusión. Aquí ya no hay relieves figurativos como

en los niveles inferiores, ni nada que pueda distraer al peregrino.

En este gran mandala, hasta la existencia aparece como dudosa y entonces se me sugiere la eterna pregunta délfica: ¿quién soy, qué pretendo ser, qué me autorizo a ser?

No hay peregrino que en algún momento del camino no se encuentre cara a cara con este enigma.

No basta con decir que soy único como cualquier ser de este mundo. Voy más allá y puedo ver que poseo el privilegio y tal vez la maldición de ser único y entonces comienzo a observar la unicidad de todo lo que me rodea. ¿Pero soy real y único? Nada más frágil que la facultad humana de admitir la realidad, de aceptar sin reservas lo real.

Así mismo lo real no se admite fácilmente sino bajo ciertas condiciones y sólo hasta cierto punto. Si la realidad se me muestra desagradable, indeseable, puede ser rechazada de modo radical, es decir, puede ser considerada simplemente como un "no ser".

De esta forma me protejo de lo real que no soporto mediante un alejamiento. Es el caso de la represión descrita por Freud o mediante la ocultación total planteada

por Lacan. O simplemente puedo decidir no ver la realidad, - cuya existencia por otra parte reconozco - algo así como una ceguera voluntaria.

Si lo real me incomoda y deseo liberarme de ello, lo haré logrando una percepción engañosa, que me conducirá sin más a la ilusión. Pero esta ilusión no permite percibir lo real, ya que puede cegar o deformar la percepción atento a la imaginación o fundamentalmente al deseo. Y sin poner en juego el deseo, es difícil no seguir al padre del psicoanálisis cuando relaciona la ilusión con el deseo y no con el error.

Es extraño, media mañana y aun ni turistas ni monjes han invadido el lugar. Apoyo mi espalda contra una de las stupas y mi vista se pierde en el horizonte, nuevamente: ¿quién soy? Sé que como hombre poseo el privilegio de pensar, pero no he recibido el don de la ubicuidad del pensamiento; pienso en algo en un momento determinado y no puedo concentrarme en otra cosa al mismo tiempo, de allí que me constituya en una presa fácil siempre aún y fundamentalmente para mis propios pensamientos. Aunque me proteja aquí,

siempre habrá mil “allás” por donde seré sorprendido.

La limitación de mis defensas no es más que un aspecto bastante elemental de la finitud humana.

Sin embargo, el engaño debido a la mala defensa del hombre frente a su destino no es sólo indicio de su finitud sino que es un engaño hacia la propia conciencia de quien sufre el engaño. Y cuando la realidad, eso que esta allí, que lo veo pero no me gusta y sólo deseo ver el deseo de esa realidad, es cuando tomo entonces el camino del engaño. Como decía Bergson: “... lo que se dice y lo que se hace, lo que uno mismo dice y hace, parece inevitable”.

Uno asiste a sus propios movimientos como en un gran tablero de ajedrez, pienso, muevo, actúo. Las cosas ocurren como si uno se desdoblara, sin que, sin embargo uno se desdoble efectivamente. Y al no querer ver lo real construyo sin más un doble. Pero toda duplicación supone un original y una copia y cabe preguntarse pues cuál de los dos es el modelo y cuál el doble.

De ser así, pareciera que la vida no es más que un sueño, una fábula mentirosa, incluso como afirma Macbeth “... un

cuento contado por un idiota". Y para ponerle fin a este cuento vuelvo a la pregunta: ¿quién soy?

No puedo entonces escapar de aquella reflexión de Unamuno, que nos daba a entender que cuando Juan y Tomás conversan, hay seis en la conversación: el Juan que el cree que es, el Juan que Tomás piensa que es y por último el Juan que Juan realmente es. Obviamente lo mismo sucede por supuesto con Tomás.

A veces me cuestiono esos seis de que hablaba el gran rector de Salamanca o tal vez somos más. ¿Cuántos estamos sentados aquí y ahora en la terraza de este templo?

Busco alivio en el pensamiento platónico, para el cual una de las características fundamentales de cualquier ser, es precisamente ser inimitable, la de no poder ser dos. Así, Sócrates muestra en el Cratilo, que una reproducción de Cratilo por más perfecta que fuera, no sería un doble sino un absurdo, porque la esencia de Cratilo es ser uno y no dos. Bella filosofía de lo único.

Entonces yo soy este que veo en el espejo, soy el que se refleja en las aguas cristalinas. Pero comienzo a sospechar

por el rechazo instintivo de lo inmediato. Me encuentro ante la duda de que lo inmediato sea de alguna manera el otro de sí mismo, en síntesis un doble. Desconfío de lo inmediato precisamente porque dudo de que sea efectivamente inmediato.

La desconfianza ancestral hacia lo primero niega sin más, como plantea Calderón, en la Vida es Sueño, la posibilidad de acceder a la inmediatez; como si la realidad humana debiera siempre comenzar con la "segunda vez".

De esta forma el agricultor neolítico sacrificaba parte de su primer cosecha a los dioses, los jóvenes romanos su primer barba a Júpiter o los cartagineses su primer hijo al dios Baal. Lo real comienza a la segunda vez y de esta forma, lo primero, lo inmediato, no es nada. Pareciera que lo primero es sólo bueno para los dioses.

Privada de inmediatez, la realidad humana queda también privada de presente, es decir, privada de realidad. Entonces vivo en el pasado o en el futuro, que por siempre estarán allí para eclipsar el insoportable estallido del presente.

Y de allí de nuevo la ilusión, el desdoblamiento, aquello que Hegel

diferenciaba entre ilusión vulgar, la que consiste en tomar las cosas por lo que estas aparentan y la ilusión metafísica, que consiste en relegar lo real a otro mundo distinto al de las apariencias, a un mundo suprasensible. Pero en ambos casos ilusión al fin.

Lo que cuenta, es que todo es para "siempre primero", incluso la décima o la milésima vez será siempre la primera y la única. De esta forma no se borrará el presente en beneficio del pasado o del futuro, sino que todo lo contrario, se borra todo aquello que no es presente en beneficio de este, pues el presente es en cada instante, la suma de todos los presentes. Pues el presente es en síntesis, un regalo, un presente.

Sócrates muestra entonces que la mejor reproducción de Cratilo, implica entonces una diferencia con respecto a Cratilo. Esta estructura de lo real designa a la vez su valor y su finitud. Y cada ser posee el privilegio de ser no mas de uno. Lo cual aumenta infinitamente su valor. La muerte del único es inapelable, de allí que la muerte es una cita con uno mismo; cuando Pascal sostiene que morimos solos, designa bien esta unidad del ser, porque yo soy quien muere.

Continúo recorriendo con mi vista, observando a mi alrededor. Aquí el templo, más allá unos monos peleando por algunos frutos y más lejos la selva tropical que en otros tiempos cubría todo, incluso este gran templo, hasta que el hombre lo redescubrió y sacó a la luz hace menos de dos siglos. Sí, observo. ¿Pero puedo decir lo mismo del “yo” que jamás he visto, al que quizás no pueda ver ni siquiera en el espejo.

Pues el espejo es engañoso, tal vez una ilusión, simplemente un reflejo. Y prosigo así la búsqueda del yo en una suerte de retorno al espejo, al desdoblamiento. Tal vez la más agotadora y larga de todas las peregrinaciones.

Pero la verdad es que jamás podré desdoblarme en realidad, pues quien es acosado por un doble no tiene doble. Un doble parece buscar, tal vez por piedad, a una persona asfixiada en el presente.

El reconocimiento de uno mismo implica ya una paradoja, porque se trata de captar precisamente lo que es imposible de captar, implica el exorcismo del doble. No hay sí mismo que no sea “ sí mismo”, no hay aquí y ahora que no sea aquí y ahora.

El rechazo del único, del yo, no es más que una forma patética, maléfica del rechazo a la vida, el exorcismo del doble con todo lo que ello implica, es el retorno vigoroso a lo real. Porque yo soy, con todas mis miserias, mis defectos, mis pecados, parte del todo y aunque tardara cincuenta años en comprenderlo o aún toda una vida, ese yo es mejor que el mejor de los dobles, porque los fantasmas son crueles. . . muy crueles.

La presencia de uno en uno mismo, implica sin más la renuncia del espectáculo de la propia imagen, porque la imagen mata al modelo. Y es este el error mortal del narcisismo, que no es el de amarse a sí mismo, sino a la imagen del doble. Y de esta forma el narcisista sufre por no amarse, pues sólo ama a una representación.

Amarse en serio, implica mostrarse indiferente ante todas las copias de uno y frente a las que los otros hacen de uno. Tal es el miserable destino de Narciso: una atención exagerada del otro, de allí que sea incapaz de amar a nadie, ni al otro ni a sí mismo.

El original debe prescindir de toda imagen si no me encuentro en mí mismo difícilmente me encontraré en mi eco. Yo

soy, uno no se rehace. Soy perfectible, pero soy. Lo real se impone por la fuerza de sí mismo, como dicen aquí los budistas, nadie salta fuera de su sombra.

Alguno monjes han llegado en su procesión diaria, con sus cabezas rapadas y sus características túnicas color azafrán, inclinan sus cabezas al pasar frente a mí. Respetuosamente hago lo mismo, los saludo. El más anciano, cuya edad sería imposible calcular, avanza unos pasos y se detiene, voltea y me mira directo a los ojos. Suavemente comienza a sonreír hasta que su dentadura entera brilla como un collar de perlas. Pone sus manos juntas frente al pecho y se inclina un poco.

No cabe duda, me mira a mí, no a otro, no al doble, sólo a mí, al que se encuentra aquí y ahora. Simplemente comprendió mi angustia y respondió a mi pregunta de ¿quién soy?. Suavemente gira y continúa su camino, su propia peregrinación. ¿Porqué será que no conocemos las respuestas hasta no encontrarnos con la pregunta?

Si uno a veces duda si su misión en la Tierra ha concluido, sólo necesita darse cuenta que si esta vivo, es porque aún le falta terminarla.

Ser yo, sin más que eso, con todo lo que eso implica, es apostar a la vida, es continuar el camino en busca de la luz, peregrinar. Como señala Juan Salvador Gaviota: "... llega un día en que aprendemos que en la vida hay muchas más cosas que comer, luchar o alcanzar el poder, existe algo llamado perfección y la meta de la vida es encontrar esa perfección y reflejarla".

Cuentan que un día en un monasterio, al terminar el ciclo de instrucción para nuevos aspirantes, el monje a cargo pregunto:

-¿Alguna inquietud?

Tras un largo silencio un joven pregunto:

-¿Cuál es el sentido de la vida?

El maestro quedó en silencio un instante y mientras sacaba de un bolsillo de su túnica un pequeño y redondo espejo respondió:

- Cuando era muy pequeño, un día encontré algunos pedazos de espejos esparcidos cerca de la villa donde vivía. Comencé de a poco a frotar este fragmento especular contra piedras hasta lograr darle forma circular y entonces empecé a jugar con el. Me fascinó el hecho de que

podía reflejar la luz en lugares oscuros donde jamás brillaría el sol, en huecos, grutas y cavernas, así, de esa manera, conseguir dar luz a los lugares mas inaccesibles que pudiera encontrar se convirtió en un juego para mí.

Siempre conservé el pequeño espejo y continué el desafío del juego. Pero de adulto, comprendí que no sólo era un juego, sino una metáfora de lo que yo haría en mi vida. Entendí que yo no soy la luz, ni siquiera la fuente de ella. Pero la luz, la verdad, la comprensión, el conocimiento, están allí y van a brillar en muchos lugares oscuros si yo los reflejo.

Soy sólo un fragmento de un espejo, del cual ni siquiera conozco su forma completa. Sin embargo con lo poco que poseo, puedo reflejar luz en las zonas de penumbra de los corazones de los hombres y ayudar a cambiar algunas cosas.

No dudo ni por un sólo instante de que otros puedan ver y hacer lo mismo. Ese es el sentido de la vida para mí.

Luego orientó el espejito con tal habilidad que atrapó los rayos brillantes del sol y los reflejo en cada uno de los rostros de los discípulos.

Cientos, miles, millones de pequeños espejos reflejando la luz, logrando el termino del tiempo de las sombras, un sin número de espejos únicos.

Vuelvo a calzarme luego de tantas horas y comienzo a descender las largas escalinatas, acaricio suavemente estas piedras azuladas, donde más abajo los sobre relieves enseñan la vida del príncipe Siddharta y su camino hacia el Nirvana, hacia allá arriba, desde donde yo vengo.

¿Quién soy? ¿Quién es usted amigo lector? Muy simple, somos "únicos" pequeños espejos y nuestra misión es aprender a reflejar la luz en la dirección correcta, es decir en la dirección de las sombras.

Planteaba al principio, que sin el camino la meta no es nada, pues el camino es en síntesis el que reúne, donde convergen los caminantes. Peregrinar es pues estar en camino.

Pero como cantaba el poeta, no hay camino, se hace camino al andar y al volver la vista atrás se ve la huella que

jamás se ha de volver a pisar. Y esto conlleva a una dialéctica terminante e intimidatoria de la peregrinación: por un lado hay que hacer lo que no está hecho, lo que no existe, por otro la huella a pisar se encuentra siempre en el futuro, es la nueva huella, la marca del mañana. De esta forma la concatenación de ambos implica sin más que peregrinar es sinónimo de vivir.

Por eso, la meta, a diferencia de los que simplemente diría la razón o los mandatos, no es lo más significativo del viaje. Tal vez pueda ser un quimérico faro allá, muy allá en el horizonte de la vida, pero esta se desarrolla en el camino.

De hacer camino pues se trata, pero la gran pregunta es ¿cómo? La respuesta es simple: no hay receta, y lo terrible y maravilloso, es que la senda de hoy puede no ser ni parecida a la de mañana.

Hacer camino implica estar siempre en búsqueda de algo superior, de aquello que pueda dar respuestas a las eternas preguntas existenciales propias de nuestra raza humana. Y estar en búsqueda supone a la vez tratar de ir encontrando perfecciones que nos ayuden a ser mejores.

Planteaba Hamlet que : "...podría estar encerrado en una cáscara de nuez y sentirme rey del universo". Quizás Shakespeare quería decir que a pesar de que los humanos estemos físicamente tan limitados, nuestras mentes puedan explorar audazmente todo el universo. Y peregrinar es eso, escudriñar el cosmos, el de fuera y el interior. Tal vez suene presuntuoso ese propósito y nos exponemos acaso a sufrir el destino de Prometeo al haber robado el fuego a los dioses para que lo utilizaran los hombres, pero al igual que el héroe, tratamos de comprenderlo todo, de aprehenderlo, de sentirlo, aún si un águila nos devorara el hígado por siempre.

DEL EQUIPAJE

Siempre que uno va a iniciar un viaje, no importa donde ni cuando, una de las preocupaciones es que llevar. He conocido gente que no puede siquiera moverse de su casa si no lo hace con casi toda ella a cuestas. También he conocido gente que anda por el mundo con menos de lo mínimo necesario y entre estos extremos del péndulo quienes lo hacen con todas las combinaciones intermedias.

Pero peregrinar implica un acto, una posición diferente al mero acto de viajar, de hecho conozco peregrinos que viajan muy poco.

Pero con respecto al equipaje del peregrino creo haber encontrado la respuesta en aquel famoso cuento del barquero que transporta las almas de los muertos a la otra orilla del río, Caronte.

El plantea a quienes llegan a su barca, que dejen todo su equipaje en la orilla, ya que la nave no soporta grandes pesos. Y de esta forma los pasajeros al viaje final se despojan de sus joyas, de sus ropas, dejando a la vista solo su desnudez.

Y es allí cuando Caronte pregunta:
- ¿qué piensas hacer con tu soberbia, con tu crueldad, con toda tu infelicidad?

Los pasajeros vuelven entonces a despojarse de estas, como liberados.

Caronte vuelve a preguntar entonces:

- ¿y que de los elogios que alguna vez te dedicaron?, deja tu ignorancia, tus problemas insolubles y tus razonamientos complicados.

Como en un acto final e iracundo de despojarse por fin de todo, los mortales se desprenden de todo lo pedido por el barquero y abandonan también la libertad, la franqueza, la risa y las lagrimas.

Caronte interviene por última vez:

-No, la libertad, la franqueza, la risa y las lagrimas son ligeras y muy fáciles de llevar y útiles para la travesía. Es hora de embarcar.

Tal vez este consejo de la misma parca, del barquero de la larga túnica y capucha negra, sea una buena sugerencia para armar la mochila de aquel que decida comenzar una peregrinación, mas allá de hacia donde conduzca ella.

De hecho mas liviano se asciende mas rápido y mucho mas fácil. Sea cual fuere el destino y el motivo de la peregrinación de quien lea estas paginas, espero logren su cometido y si no, la peregrinación en si misma valió la pena, de hecho todos los

que lo han intentado siempre regresaron mejores, aunque un águila nos comiera el hígado por siempre.

Bitácora

Sin viento.
Atravesando las mareas
propias y ajenas.
Surcando libertades.
Nunca imaginadas y culposas
libertades.
La lentitud fluye
y no espera.
La paciencia escasea
y desespera.
No se ve el horizonte.
A veces un sol enorme
de espejismos crueles
y danzantes.
Otras,
la luna nueva
emperlada en vaguedades.
Durante el día,
brilla la oscura calma.
Y por la noche,
oigo su voz ronca
y almibarada.

Todo me hace creer
en la locura,
como un único destino.

Impreso por
XXXXXXX
XXXXXXX
XXXXXXX
XXXXXXX
XXXXXXX
MM/AAAA

